

Hermanas
Jones
III



Latidos del corazón

AILI EVANS

Latidos del corazón
Aili Evans

Para los que no tienen miedo en creer en sus sueños...

Latidos del corazón

Aili Evans

Copyright©2024. Aili Evans Latidos del corazón

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Primera edición, 2024 Titulo original: Latidos del corazón. Diseño de la portada y maquetación:
Aili Evans

Caroline



Corro por las calles de Londres como una auténtica loca. Llego tarde a mis clases nocturnas de

teatro. Por las mañanas trabajo de dependienta para Harrods, por la noche estudio. Tengo que ayudar a mi madre enferma. Me tiene muy preocupada. Hace seis meses le detectaron una enfermedad incurable. Mi madre se me va y no puedo hacer nada para cuidarla. Estamos ella y yo solas. No tengo padre, bueno sí que hay padre, pero no tengo ni idea de quien es. Mamá nunca quiso decírmelo. Me decía que para que iba a querer saber de mi padre si nunca se preocupó por mí. Durante unos años le daba dinero para mi manutención, pero se debió de cansar y a los ocho años, dejé de recibir ayuda de mi progenitor. Muchas veces me imagino como sería una vida con un padre. Otras pienso en si supiera quien es, iría a reclamarle, pero claro, a estas alturas de la vida. Ya tengo veinticinco años.

— Por fin llegas —dice mi amiga Satiné.

Es francesa. Lleva muchos años en Londres. Solo la tengo a ella, aparte de a mamá.

— ¡Lo siento! Hasta que no llegó la vecina, no pude venir. No puedo dejarla sola.

— ¿Cómo se encuentra? —pregunta.

— Cada día la veo más apagada. No quiero que se vaya, Satiné —respondo con los ojos llenos de lágrimas.

— Lo siento muchísimo. Ya sabes que si necesitas algo, solo debes llamarme.

Después de las clases me vuelvo corriendo a casa. Entro despacio. La vecina, está viendo la tv.

— Muchísimas gracias. No sé qué sería de nosotras sin ti —digo sacando dinero de mi cartera.

— Ni se te ocurra. Ese dinerito lo ganas con mucho esfuerzo para cuidar a tu madre. Yo no lo necesito. Mis hijos trabajan y no me falta de nada. Tu madre está durmiendo. Ha pasado buena noche. Se tomó su medicina, cenó, me contó sus tiempos de cuando trabajaba como empleada en aquella mansión, la de los dueños de esa empresa de textiles —expresa.

— Ah, sí, los Jones. Estuvo muchos años trabajando para ellos.

— Pues me contó cuando comenzó con ellos. Cuidó a sus dos hijas mayores, Margaret e Isla. Se marchó cuando estaba a punto de nacer la pequeña. Luego se durmió. Me dejó intrigada de porqué se marchó —expresa moviendo los brazos.

— Porque estaba embarazada de mí y como tuvo un embarazo de riesgo —respondo.

— Pobrecilla. Siempre he admirado a tu madre. Una mujer fuerte y con carácter. La conocí cuando os mudasteis aquí. Tenías unos seis años. Desde ese instante, mi hijo Roger se enamoró de ti. Es un buen muchacho.

Stacey, es una buena mujer. Le tengo un gran cariño a ella y a su familia, pero no para de hablar.

— Yo lo quiero mucho. Como a un hermano. Al igual que a Josie, tu hija. Muchas gracias por estar aquí siempre. Ahora me voy a duchar y a dormir, estoy rota.

— Claro hija. Hablo mucho y no me marchó. Mañana te traigo el pastel de carne que tanto te gusta.

— Muchas gracias —digo dándole un abrazo.

Una vez que se marcha, me asomo en la habitación de mamá. Esta dormidita. Le doy un beso en la mejilla y me marchó al baño. Me doy una ducha relajante y luego me preparo una ensalada. Estoy tan cansada que ni me la termino. Solo quiero dormir.

Stephane



Me acabo de levantar después de que ayer me acosté tardísimo en una recepción. No sé porque demonios tuve que heredar este estúpido título. Aquí en Francia, hace siglos que dejó de existir la realeza. Aunque siguen existiendo condes, para muestra yo. Ayer celebramos el dieciocho cumpleaños de mi hermana Claudette. Y como no, tuve que aguantar a las pesadas de turno que solo quieren ligarme por el título. La mujer que se case conmigo, tendrá una vida solucionada. Pero como no pienso casarme, eso que me ahorro. Ligo con las que me dé la gana. Pero de ahí a formalizar o casarme hay un gran abismo. Mi madre me dice que me tengo que casar, así habrá un heredero. Que nuestro apellido y extirpe tienen que conservarse. Pues tendrá que esperar

años, hasta que Claudette sea más mayor y se case. Cosa que yo mismo pienso encargarme de que sea más tarde que pronto. Mi hermanita es mi tesoro y no me la toca nadie.

- Stephane —dice mi secretario personal entrando en mi habitación.
- A ver, ¿Qué es lo que tengo que hacer ahora? Me acabo de levantar. Al menos ducharme si me van a dejar, ¿no?
- Sí, pero no olvide que hoy tiene una reunión, para lo de esos premios que tiene que dar en Londres este fin de semana.
- Ah sí. Los premios a las mejores empresas. Me comprometieron a que los tenía que dar y no me puedo librar. Me parecen tan tediosos y aburridos.

Mi madre entra también en mi habitación. Me mira con cara de mosqueo.

- Ya me contaron que ayer rechazaste a la condesa Mouric.
- Ya te dije que no me interesaba. ¿La has visto? Es superficial. Vacía. Hace todo lo que le dice su madre. Si le dice que diga que hace frío lo hace, si hace calor también. Es como su pinganillo de carne y hueso. He tratado de hablar con ella de miles de temas y no sabe de nada.
- Pero Stephane, es guapa. Puede darte hijos guapos.
- Se te olvida inteligentes, mamá. Además, ¿Dónde queda el amor? No me gusta para nada. Y como te he dicho en muchas ocasiones, no me pienso casar y punto.

Abro la puerta del baño y entro en él.

- Si no os importa, me gusta ducharme solo.

Oigo que murmuran algo y luego se marchan. No me dejan solo ni un segundo. Me encantaría poder escapar durante días sin tener que dar cuentas a nadie.



Después de la reunión donde me han presentado todas y cada una de las empresas que están nominadas a esos premios, me he ido corriendo. He toreado a mi escolta y he venido yo solo en el coche. Lo he aparcado y me he venido a las caballerizas. Me encanta montar a caballo y perderme por los bosques que tenemos alrededor del castillo en el que vivimos. Tengo un piso en pleno París. Nadie sabe que lo tengo, ni mi madre. Cuando quiero estar solo de verdad me escapo unas horas, una noche. Mis ligues los llevo al piso. Cuando regreso después de estar esas horas desaparecidos, todos me forman una buena, pero ya tengo treinta años. Soy un tipo ya bastante mayorcito para gobernarme solo. Mi hermana y yo extrañamos muchísimo a mi padre. Murió hace unos años y desde entonces, mi madre se volvió muy dura con nosotros. A veces siento que es la forma en la que tiene para deshacer el dolor, no se lo reprocho, cada uno tiene su manera de librarse de la pena. Aún lo extraño. Fue un buen padre. Cariñoso, aunque estricto, me enseñó a como ser un buen hombre, y creo que mi madre ve en mí cosas de él que no supera. Durante una hora y media cabalgo sobre mi caballo Luke. Si, lo llamé así en honor a *starwars*. Es mi película favorita desde niño. Cabalgo y observo los enormes prados. Los animales pastando. Huele a tranquilidad, a libertad, algo de lo que carezco. Cuando regreso a las caballerizas, ya está uno de los de seguridad esperándome. Lo que digo, no tengo libertad ninguna.

Caroline



Mi madre ha empeorado. Anoche se puso muy mal. Tuve que llamar a mi vecina y a sus hijos. Roger de inmediato nos llevó a urgencias. Ahora está ingresada. El medico me ha dicho que me haga a la idea de que no regresará a casa. Me duele tanto el corazón. No sé porque la vida se ha cebado conmigo. Mamá ha sido siempre buena, trabajadora. Solo estamos las dos. No quiero que se vaya. Hemos estado juntas veinticinco años. Ha sido padre y madre. Me siento en la silla de la habitación a observar por la ventana. La niebla ya se ha hecho visible en las calles de Londres. Roger y su hermana acaban de marcharse. Satiné también se marchado. Es de noche. El medico ha pasado para ver como seguía. Una enfermera me ha dicho que me fuera a cenar a la cafetería, que ella se quedaba con mamá, pero no tengo hambre. Solo quiero estar con ella, sean las horas que sean que le queden de vida, quiero pasarlo con ella. Trato de leer un rato, pero no me concentro. Pongo la tv bajita para no molestarla. Están poniendo una película que me gusta mucho y es la favorita de mi madre, el diario de Bridget Jones. Al menos algo que me distrae un rato.

- Mi película favorita —dice mamá con un hilo de voz.
- Estás despierta. Me alegro mucho. Sí, es justo la escena en la que Hugh Grant le dice, joder Bridget que pedazo de bragas.

Mamá comienza a reír. Siempre le gustó esa escena. Me agarra de la mano.

- Caroline, eres la mejor hija que jamás pude tener. No me arrepiento de haberte tenido, aunque sé que no elegí al mejor padre —expresa.
- Mamá, olvida eso. Tú has sido papá y mamá. La mejor.
- Tenías derecho a tener padre. Lo tienes hija. Nunca te he hablado de él, pero es hora —continúa.
- No, mamá. No me interesa. A estas alturas, no quiero saberlo.
- Caroline, calla, y déjame hablar. Sé que me queda muy poco de vida, es algo que asumí hace tiempo, y aunque me da mucha pena dejarte sola, por fin voy a poder dejar este cuerpo enfermo, por ello quiero que sepas algo.
- Mamá, por favor —digo con los ojos llenos de lágrimas.

Mamá me mira con esa mirada que me echaba cuando quería que me callara de pequeña y eso hago.

- No quiero que te quedes sola. Tienes un padre y unas hermanas. Yo era joven, quería ganarme la vida por mí misma y encontré un trabajo en casa de los Jones. Allí trabajé de mujer de la limpieza. Luego de cocinera. De niñera. Hasta que me ascendieron a ama de llaves. Esa familia me acogió como si fuera la mía propia. Margaret e Isla Jones me querían mucho, como a una madre. Por un tiempo, la madre de estas solo salía a eventos, viajes, y descuidó a su familia. El matrimonio estuvo separado cerca de un año. Y bueno, el señor y yo nos unimos mucho. Fui un apoyo para él, una noche después de que él bebiera mientras se desahogaba, tuvimos una noche tórrida. Ahí te concebimos, cariño.

Mientras mi madre me cuenta todo, no paro de alucinar. ¿Mi madre tuvo una aventura con el jefe?

- Cariño, tu padre es Callum Jones, el dueño de la empresa de textil. La más famosa de Londres. Tienes tres hermanas, Margaret, Isla y Madison. Madison nació después de que ellos se reconciliaran.

Me levanto aun callada y comienzo a pasear por la habitación. Son demasiadas cosas de repente.

- Claro, por eso no quiso saber nada de mí, ¿no? Porque tenía otras hijas, las que adoraba. Yo fui una piedra en su camino. Un error —expreso molesta.
- No. Callum quería reconocerte. De hecho, se lo contó a su esposa. Yo estaba tan avergonzada, que renuncié al trabajo. Aunque su esposa estaba molesta, comprendió que estaban separados. No son malas personas, en serio.
- Claro, por eso no me buscó. Por eso con ocho años, dejó de mandar la manutención —replico.
- No. Fue culpa mía. Le pedí que dejara de mandar dinero. Él se negó. Pero cada vez que enviaba dinero yo se lo devolvía. Estuve así años. Me mudé varias veces contigo para que no nos encontrara.

Estoy alucinando, de verdad. No entiendo nada.

- ¿Por qué? —pregunto.
- Me sentía avergonzada. Su familia me abrió las puertas de su casa y me acogieron con mucho amor, y yo les pagué acostándome con el marido y padre. No quería que pensarán que era una trepa. Sé que ellos no lo creían, pero una de las sirvientas de la

- casa si lo creía y fue malmetiendo. Tus hermanas no creo que sepan nada. Eran muy pequeñas. No sé si con los años lo contarían. Quiero que me jures algo —dice mirándome y agarrándome de la mano.
- ¿Qué? —pregunto sin entender.
 - Cuando no esté, quiero que los busques.
 - No, mamá, no. No puedes pedirme eso. ¿Cómo me voy a presentar ante ellos? Después de tantos años.
 - Caroline, júramelo —dice seria y con su voz cada vez más floja.
 - Está bien, mamá. ¡Lo prometo!
 - No lo digas por decir. Quiero que lo jures. Tal como hacíamos cuando eras niña y nos jurábamos cosas.

Mi madre es muy lista. Me conoce a la perfección. Lo analizo en mi cabeza. Todo pasa tan rápido. Presentarme en casa de esa gente y decirle que soy su hija. ¿Qué cree mi madre que va a ocurrir? ¿Que el señor Jones se va a lanzar a mis brazos? Lo dudo. Pero por ella lo haré.

— ¡Lo juro, mamá! —digo juntando su meñique con el mío—. Ahora descansa un rato. Mamá se vuelve a dormir y yo trato de terminar de ver la película. Pero no puedo. He visto a los Jones en revistas. Su empresa se ha expandido a Irlanda y Nueva York. Su hija Margaret vive entre Irlanda y Londres con sus esposo y su hijo. Mientras que la otra, Madison vive en Nueva York con su esposo y su hija. La otra sale también en revistas, Isla, es pediatra y se ha llevado muchos reconocimientos. Son la familia perfecta. Y yo el grano en el culo. Una trabajadora estudiante de arte dramático que vive en un barrio humilde de Londres. ¿Cómo demonios voy a presentarme en esa mansión? Un ruido me distrae. Es mamá que ha abierto los ojos y respira con dificultad. Me levanto corriendo y llamo a la enfermera. Vuelvo a entrar en la habitación. Mamá alza la mano en busca de la mía y se la doy. Me mira a los ojos y comienza a bajar la respiración. Luego cierra los ojos y el monitor de la habitación comienza a sonar. El medico entra corriendo con las enfermeras. Me piden que me aparte. Tratan de reanimarla, pero ya es tarde, mi madre ha fallecido.

La habitación se ha quedado vacía. No puedo dejar de mirar la cama donde hace un momento estaba mi madre. Ya no está y me parte el alma en mil pedazos. Estoy sola. No tengo a nadie. Ya está. Mi madre ha dejado de sufrir. La enfermera me pregunta si necesito algo, le digo que no. Preparo todo para el velorio. Llamo a mi vecina y le cuento lo ocurrido. Se ofrece a ayudarme llamando a los que nos conocían. Sin fuerzas me dirijo a casa. En un rato traerán a mamá y comenzará a llegar la gente. Me duele la cabeza, no he sido capaz de soltar ni una sola lagrima desde que mi madre ha muerto. Entro en la bañera y me derrumbo. Me viene a la mente la primera vez que vinimos a vivir aquí. Los pececitos que puso en el suelo para que no me resbalase. Los juegos que se inventaba para jugar conmigo. Salía siempre temprano de trabajar para estar conmigo. Y ya no está. Se ha marchado y me ha dejado un vacío que dudo que alguna vez pueda superar.



Ya han llegado las personas que siempre han estado para nosotras. Roger, su hermana, su madre. Mi amiga Satiné y unas antiguas ex compañeras de trabajo de mamá. No tengo ganas de hablar. Me siento en el sillón observando el ataúd. Ha venido un párroco amigo de mi vecina. Está diciendo unas palabras. Yo no puedo hablar. Cuando todos se marchan,

Satiné se queda. No quiere dejarme sola. Le cuento lo que mi madre me confesó antes de morir. Me anima a que busque a mi padre, pero con que cara voy a buscarlo. No me atrevo. No después de veinticinco años.

Caroline



Hace seis días que mi madre se marchó y la casa se me cae encima. Me he centrado en mi trabajo. He pedido horas extras para estar hasta las siete y luego de ahí irme a mis clases de interpretación. Cuanto menos tiempo esté sola en casa mejor. Satiné, quiere que la acompañe esta noche a un evento. Ella trabaja como promotora de eventos y me ha dicho que estaban buscando a gente para esa noche como camarera. He aceptado. Hoy era mi día libre, pero el dinero me viene de maravilla.

Cuando llego al evento está a reventar de gente. Se entregan unos premios de no sé qué cosa me ha dicho Satiné. La verdad es que no estoy muy puesta en estas cosas de la alta alcurnia. El jefe de personal me pide que me cambie y me ponga el uniforme, así que busco el baño del personal. La puerta está cerrada. Oigo a alguien hablar por teléfono, no tiene pinta de tener prisa en salir, así que busco otro baño donde me pueda cambiar. Entro en uno de los clientes. Me cambio

rapidísimo ya que el evento está a punto de comenzar y tengo que salir con las bandejas. Una vez que estoy arreglada salgo del aseo y me recojo el pelo. Dos mujeres hablan entre ellas.

— Papá no se espera la nominación de esta noche. William y yo lo hemos preparado sin que él sospechara nada —dice una de ellas.

— Margaret va a ser una gran sorpresa. Estoy deseando ver la cara que pone. Lo único es que espero que Madison y Charles lleguen a tiempo. Me dijo que estaban de camino. El vuelo de Nueva York tuvo un retraso, pero ya deben de estar en Londres.

Me quedo en silencio escuchándolas. ¿Margaret, Madison? Las veo por el rabillo del ojo y sí, son ellas. Mis hermanas. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Es la primera vez que las tengo frente a mí. Solo las había visto en revistas. Nunca imaginé que pudiera tener hermanas. Lo añoré siempre de niña. Y ahora las tengo de verdad y no me atrevo a decirlas nada. Me tomarían por loca. Salgo de allí rápidamente. El jefe de personal me ve salir del baño y me llama la atención por cambiarme allí. Luego voy a la cocina y agarro una bandeja con copas de champagne. Satiné me saluda, está hablando con uno de sus jefes. Durante una hora no paro de servir bebidas. Entro y salgo de la cocina.

— Por favor puede traer un whisky para mi esposo. Está sentado en aquella esquina. ¡Muchas gracias! —dice Margaret.

— Enseguida, señorita —respondo.

Voy hacia él y le doy su bebida. Me siento nerviosa. Se supone que mi padre está aquí esta noche. Según las escuché en el baño, está nominado a un premio. Voy a ver a mi padre por primera vez en mi vida. Me pongo tan nerviosa que me sudan las manos, me doy la vuelta para irme a servir más copas pero la bandeja se me resbala y la última copa cae sobre un hombre que se encontraba detrás de mí. Le he empapado la camisa.

— ¡Discúlpeme, por favor! Que torpe soy —digo nerviosa tratando de secarlo con un papel.

— No se preocupe, de verdad. Me ha refrescado. Aquí dentro está la calefacción demasiado alta —responde sonriendo.

Es un hombre guapísimo. Me quedo mirándolo como estúpida.

— Que torpe eres. No sé quién demonios te contrató. Estas despedida —dice el jefe de personal detrás de mí—. Discúlpela, conde. Esta chica es tonta.

— Estúpida será tu abuela. ¿Quién demonios te crees que eres para faltarme el respeto. Si estoy aquí es para ayudar a servir, no soy ni tu criada, ni esclava de nadie. No tienes por qué ofender a unos por no haber nacido en la realeza y lamerle el culo a los que si lo han hecho. Lo único que nos diferencia es el dinero, nada más. Así que no vuelvas a insultarme en tu vida —digo furiosa quitándome el delantal—. Ah, y lava el delantal, no vaya a ser que le pegue algo.

Todos los que están a mi alrededor me miran en silencio. William, al que acabo de servir el whisky se levanta y riéndose dice,

— Vaya, que carácter. Me recuerda a ti, querida —expone dándole un beso a Margaret.

— Pues bien dicho. Nadie tiene que faltar el respeto a nadie. Yo hubiera hecho igual, pero para rematar, le hubiera tirado la bebida encima —dice mirándome y guiñándome un ojo.

El jefe de personal se marcha de allí avergonzado. El hombre al que manché me mira sonriendo.

— Discúlpeme nuevamente. No sé porque he dicho eso. Estoy pasando muy malos días. ¡Lo siento mucho!

— Por favor, no te disculpes. Si no hubieras dicho nada tú, lo hubiera dicho yo.

¡Tranquila! No permito la falta de respeto. Por cierto, me llamo Stéphane.

— Yo me llamo Caroline. ¡Mucho gusto!

Unos gritos me hacen darme la vuelta. Margaret e Isla abrazan a otra chica. Mientras ellos las observan y sonríen.

— Siento mucho la tardanza. Pero el vuelo llegó tarde a Nueva York. Menos mal que hemos llegado a tiempo. ¿Dónde está papá? —dice la otra chica.

Supongo que es Madison, mi otra hermana. El corazón me late muy deprisa. Estoy a dos pasos de mis hermanas. La unión que hay entre ellas es increíble. Me encantaría poder tener esa complicidad con ellas, pero sé que no la tendré. Soy una extraña. La bastarda de la familia.

— Mira, ahí viene —dice Isla.

Frente a mí, está él. Callum Jones. Mi padre. No lo había visto nunca, pero sé que es él. El miedo se apodera de mí. Junto a él su esposa. Toda mi familia junta en una sala. Solo falta mi madre. La extraño tanto. Mis ojos se llenan de lágrimas. Tengo que salir de aquí.

— ¿Te ocurre algo, Caroline? —dice Stéphane.

— Me tengo que ir. ¡Disculpa!

Salgo de allí corriendo mientras las lágrimas comienzan a brotar por mis mejillas. Mi padre está aquí y no me atrevo a decirle nada. Me refresco la cara. Después de un rato encerrada en el baño, me siento un poco más tranquila. Satiné, entra en él.

— Caroline, estabas aquí. Llevo media hora buscándote. ¿Qué ha ocurrido? El jefe de personal te ha puesto a caldo.

— Mi padre y mis hermanas están aquí —digo mirando a la puerta.

— ¿Qué? —pregunta ella.

— Los he tenido frente a mí y no me he atrevido a decirles nada.

— Pero Caroline, hazlo. Tienes derecho a disfrutar de tu familia. Se lo prometiste a tu madre —expresa secándose las lágrimas.

— ¿Y sí me rechaza? —cuestiono.

— Pues si lo hace, es que es un cretino. Pero no te quedes con las ganas de saber su respuesta. No tengas miedo.

Me levanto de la taza y me arreglo el pelo. Mi amiga me pone un poco de su maquillaje, y me pinta los labios. Luego me pone bien la ropa y me da un empujón para que salga. La ceremonia de los premios está por comenzar. Todos están sentados donde hace un rato estaban. Mi padre no está. Lo veo hablando con Stéphane. Están rodeados de hombres. Respiro profundamente y voy hacia ellos.

— ¡Buenas noches! —digo mirándolos.

— Perdona señorita. No puede estar aquí —responde uno de los que los rodean.

— Está bien, Cal. Déjala —dice Stéphane —. ¿Estas mejor? —pregunta.

— Sí. ¡Muchas gracias!

— Te presento a...

— Callum Jones —respondo —. Lo conozco.

Mi padre me mira sonriente.

— ¿Sí? No me suena. ¡Encantado, señorita!

— ¿Podría hablar con usted un momento? —pregunto.

Otro de los hombres nos interrumpe. Que mal educada es la gente aquí. Tendrán mucho dinero, pero solo eso.

— No puede señor Jones. Tiene ahora que ir a sentarse. Y usted, tiene que ir al escenario. La gala va a empezar.

— Como ve señorita, no me dejan moverme —dice él.

— Ya veo, pero mejor llámeme, Caroline Bridget. O mejor, Caroline Jones.

Mi padre me mira boquiabierto. Me mira de arriba abajo.

— ¿Eres tú la pequeña Caroline? —dice entre sonriente y cortado.

— Sí, soy yo.

Stéphane nos mira sin comprender nada. Se aleja disimuladamente y oigo que le dice a los que los rodean que nos dejen unos segundos, cosa que le agradezco.

— ¿Cómo te has enterado? Siempre quise que lo supieras, tu madre no me lo permitió.

No sabes cómo he pensado en ti todos los días de mi vida —expresa.

— Me lo dijo mamá en su lecho de muerte —expreso entristecida.

— ¿Cómo? ¿Tu madre ha muerto? —pregunta serio.

— Sí, hace unos días.

— Lo siento muchísimo —responde—. Ahora tengo que regresar. Pero por favor, ven mañana a mi casa. Quiero hablar contigo. No digas nada a nadie. Tengo que decírselo a mi esposa y a mis hijas. Pero por favor, quiero hablar contigo.

Me lo pienso un momento. Me da vértigo lo que se me puede venir encima de repente.

— Está bien, mañana lo busco.

— Papá, ¿no vienes? —dice Madison acercándose a nosotros.

— Sí, enseguida. Mira te presento a la señorita Caroline Bridget, ella es Madison, mi hija.

Madison me mira sonriendo y acercándose a mí, me da un abrazo.

— Encantada, Caroline.

Las luces se apagan y comienza la gala. Mi padre y Madison se van a su sitio mientras yo me quedo sin saber que hacer. Me sorprendo de ver a Stéphane en el escenario, y más aún cuando lo presentan como el Conde Stéphane. Le tiré una copa de champagne a un conde.

Stéphane



Cuando he llegado a la sala donde se van a entregar los premios, he llegado desmotivado. No paro y necesito un descanso. Estoy bastante harto de la vida que llevo. La gente nada más verme se comporta como si fuera una figura de cerámica a la que hay que cuidar por sí me fuera a romper. Siempre he odiado eso. Sin embargo, la chica que me ha tirado la bebida encima parecía no tener ni idea de quién soy. Algo que me ha gustado, la verdad. Además, también me ha gustado que pusiera en su lugar a ese hombre que la ha tratado tan mal. No estoy muy a favor de la gente que trata de humillar a otras por creer que tienen poder. Algo que me enseñó mi padre fue a respetar al prójimo. Sin embargo, mi madre es muy clasista. Y lo que más me molesta de todo esto, es que está convirtiendo a mi hermana en alguien que no me gusta. Hablan a la gente como si ellas estuvieran por encima de todos, cada vez que mi hermana habla mal a alguien en mi presencia la regaña. Quiero que sea una mujer respetuosa con todos.

Después de entregar los premios donde el gran triunfador de la noche ha sido el señor Callum Jones, he ido a buscar a Caroline, quería invitarla a tomar algo, pero no la he visto. Qué pena, me apetecía hablar con ella un rato. Para variar con alguien que no me mira con cara de cordera degollada por que la impongo, o con cara de coqueteo por querer conquistarme por interés. Mi secretario me dice que debemos volver al hotel, ya que mañana nos espera un día muy largo, reuniones y más reuniones. En cuanto llegamos, me encierro en mi cuarto. Me doy una ducha y me tumbo en la cama pero no tengo sueño. Me arreglo y me asomo con precaución por si mis guardaespaldas estuvieran ahí. Miro la hora, deben estar preparando el relevo, cierro la puerta con cuidado y salgo a toda prisa de allí. Llamo al ascensor, tarda en llegar. La puerta donde mi

secretario y los guardaespaldas están se abre. No me queda más remedio que bajar por las escaleras. Estamos en el ático y este hotel es un rascacielos. Tomo el ascensor cuatro pisos por debajo del mío. Una vez en el hall, me pongo la gorra y me cierro bien el abrigo. No quiero que los que me puedan reconocer lo hagan, hoy quiero sólo ser yo mismo y poder disfrutar como un hombre normal.

Cojo el metro. Me pregunto qué pensaría mi madre si supiera que he cogido uno, y ni hablar de mi secretario. Este sería el último sitio donde me buscarían. A esta hora hay poca gente en él. Solo una familia y unos chicos que están bebiendo unas cervezas. No sé realmente donde voy, esta ciudad a penas la conozco. Me bajo en la última parada. Las calles están vacías por la niebla. Veo a lo lejos el cartel de un bar y entro en él. Me siento en la barra y me pido una copa. Hay un señor jugando con una tragaperras y dos chicas hablando en una mesa. Una de ellas se levanta y se acerca a la barra para llamar al camarero.

— Caroline, ¿eres tú? —digo mirando para ella sorprendido.

Me mira fijamente. Tiene los ojos hinchados como si hubiera llorado.

— Vaya, Stephane, ¿eres tú? —dice observándome —. Bueno, perdóneme, conde. No estoy acostumbrada a la realeza —expresa.

— Prefiero que me llames Stéphane. Lo del conde omítelo, y más aquí. No quiero que nadie me reconozca —expreso en voz baja.

— Disculpa entonces, Stéphane, ¿Qué haces aquí? Este no es lugar para ti.

— Y para ti menos —respondo —. Sólo estáis vosotras dos.

Su amiga se pone en pie y viene hacia nosotros.

— Me tengo que ir y ella no quiere irse —dice ésta.

— Eres una aburrida. Vete anda. Yo me quedo con él —expone colgándose de mi hombro —. Voy a estar bien. ¡Lo prometo!

La amiga me mira con recelo.

— Me suena tú cara —dice esta —. ¡Cuidala! Cómo me entere de que le pasa algo, te buscaré y te caparé, ¿Queda claro?

Su comentario me hace reír. Nunca he tenido amigos de verdad, y ver como esta se preocupa por ella me da envidia de la sana.

— Te lo prometo. No la pasará nada. Una copa conmigo y luego la dejaré en la puerta de su casa sana y salva.

Ésta abraza a su amiga y luego se marcha. Nos pedimos unas copas y nos sentamos en la mesa dónde éstas estaban sentadas hace un momento.

— ¿A qué te dedicas, Caroline? —pregunto con curiosidad.

— Pues por las mañanas trabajo en unos grandes almacenes y por la noche estudio teatro.

— Vaya, actriz. ¡Qué bonito!

— Sí. Siempre fue algo que me gustó —responde bebiéndose la copa de golpe y pidiendo otra —. Deje la botella, por favor —pide al camarero.

— No deberías beber tanto. Te vas a emborrachar.

— Es lo que quiero. No quiero ir a casa. Quiero emborracharme y olvidarme de todo —dice con tristeza.

— ¿Por qué? ¿Qué ocurre? —pregunto con curiosidad —. ¿Estás casada y tu marido te da mala vida?

— ¿Casada? ¿Yo? No, no creo en eso. Mi madre murió hace unos días. Era lo único que tenía en el mundo y se ha ido dejándome sola. Bueno, no, antes de morir me confesó

quien era mi padre y ahora no sé qué hacer. No creo que me acepten en la familia. La observo en silencio. En sus palabras veo tristeza y un poco de resentimiento.

- Perdóname, no quiero aburrirte con mi vida.
- No me aburres. Me gustaría que me contases.
- Mejor hablemos de otra cosa. ¿Qué haces a estas horas solo por Londres? —pregunta cambiando su expresión.
- Quería estar solo. Estoy harto de tener una agenda desde que era niño y no poder vivir la vida que deseo.
- Pero lo tienes todo. Quiero decir, dinero, éxito. No tienes preocupaciones de como por ejemplo ¿Dónde sacaré el dinero para medicinas? ¿Qué podré comer hoy? Desde pequeña he visto a mi madre trabajar duro para poder darme de comer, para pagar mis estudios. Cuando cumplí dieciséis comencé a trabajar vendiendo joyas hechas por mí. Tenía que ayudarla —responde.
- Sí, sé que no tengo derecho a quejarme por ese lado. Pero por otro sí. No poder estudiar lo que me gustaría. No poder tomarme un día libre o viajar donde me dé la gana. Estar rodeado de gente que solo les interesa mi título y mi dinero. Es un asco.

Ahora la que me mira en silencio es ella. Asiente con la cabeza.

- Veo que aquí hay dos personas que les gustaría poder olvidarse de todo durante unas horas. Y eso vamos a hacer.

Se levanta y deja unos billetes en la barra.

- No, ni hablar. Pago yo.

Me manda callar y me agarra de la mano. No tengo ni idea de donde vamos a ir. Caminamos durante un rato mientras hablamos de nuestras ciudades. De como éramos de pequeños. De pronto se para delante de una disco y le dice algo al de seguridad. Nos deja entrar. Se quita la chaqueta y la deja en un guarda ropa. No tiene la ropa que tenía cuando la conocí. Lleva una falda vaquera con unas medias tupidas y una blusa donde se deja ver su espalda al descubierto. Me arrastra a la pista de baile. Se quita el moño que traía y mueve la cabeza dejando su pelo largo y rubio caer sobre su espalda desnuda. Se comienza a mover de un lado a otro y a reír. Me agarra de los hombros y me mueve. No suelo bailar mucho y las veces que lo hago, suelen ser vals.

- Déjate llevar —dice en mi oído.

Eso hago. Me dejo llevar y me muevo. Observo a los otros chicos que están en la pista y los imito. Caroline pide unas copas y me da una. Y así nos pegamos unas horas. Bailamos, bebemos y reímos. Miro el reloj, son las cuatro de la mañana. ¿Habrán descubierto que no estoy en el hotel?

- ¿Tienes hora de llegada? —pregunta Caroline riéndose.
- No, ni que fuera un niño.

Salimos de la discoteca y los oídos me rezumban. No había ido a una discoteca jamás. Las fiestas a las que asisto desde niño son en recepciones con príncipes, reyes y cosas así. Sí que me suelo escapar a bares. Incluso de ligar con chicas e ir a hoteles, pero de ahí nada de nada.

Caminamos un rato hasta que llegamos a un edificio.

- Aquí vivo yo —dice Caroline.
- Me lo he pasado muy bien. Gracias por esta noche, la necesitaba —respondo.
- ¿Por qué tiene que acabar ya? ¿No quieres subir? —pregunta acercándose a mí y besándome.

No es la primera vez que me topo con mujeres directas. Normalmente soy yo el que se lanza. No

quería que pensara que me quería aprovechar de ella porque está triste. Pero ahora que lo hace ella, me dejo llevar.

Subimos a su casa en el ascensor, donde no me entero de nada ya que sigo besándola. Cuando entramos, enciende las luces y corre las cortinas.

— No quiero cotillos —dice riéndose bajito.

Me acerco a ella y le agarro de la cintura. Me quita la chaqueta y luego la camisa. Yo hago lo mismo con ella. Luego me baja los pantalones y se sienta sobre mí. Me encanta que tome las riendas. Es segura y eso es algo que me gusta. Después de hacer el amor, me mira fijamente.

— No suelo hacer esto. Y jamás había traído a un hombre a casa. Pero esta noche creo que ambos lo necesitábamos. Espero que hayas olvidado durante unas horas, yo sí.
¡Muchas gracias!

Se levanta y se dirige a una puerta que supongo que es el baño.

— Tienes taxis en la esquina. No hay metro a esta hora. Cuando salgas cierra despacio, no quiero que los vecinos se despierten.

Me quedo con cara de idiota. Me ha despachado después de echar un polvo. Nunca me había pasado algo así. Siempre quieren quedarse horas conmigo, soy yo las que tiene que despedirlas. Caroline me desconcierta y mucho.

Caroline



La luz entra por la ventana de mi habitación. Me tapo la cara con la almohada. No quiero despertarme completamente, eso hace que tenga que pensar y no quiero pensar mucho. Pero no puedo evitarlo. Lo primero que me viene a la mente es que mi madre no está. Desde que se fue, cada mañana la recuerdo. El primer día preparé el desayuno y fui a su cuarto. La cama estaba desnuda. Me acordé de que nunca más volverá. Fue como un jarro de agua fría. Prefiero no pensar mucho en ello. Ahora lo que me viene a la mente cuando entro en el salón es que subí al conde y me acosté con él. ¿En qué demonios estaba pensando? O mejor ¿en que no estaba pensando? Nunca había subido a un hombre a mi casa, y menos para acostarme con él. Mi antiguo novio y yo nos veíamos en su casa. Pero nunca aquí. Por respeto a mi madre. He de reconocer que me lo pasé muy bien con él y disfruté mucho en la cama. Como nunca lo había hecho. Pero no se puede repetir. Imagino que se volverá a Francia y no le veré más. Me preparo un café y pongo la tv. Las imágenes de la fiesta de anoche me hacen recordar que hoy he quedado con mi recién estrenado padre. Estoy asustada. Después de tanto tiempo que ahora tenga un padre y hermanas me pone nerviosa. No sé cómo se lo tomarán. Suena el timbre y abro. Es Satiné.

— ¿Qué pasó anoche? ¿A qué hora llegaste? Y por cierto, ¿Qué pasó con el conde?
¿Cómo es que vino a donde estábamos?

Miro para ella y comienzo a parpadear muy rápido.

— Dame tiempo a que asimile tantas preguntas. Me acabo de despertar. Primera pregunta, lo que pasó anoche es que bebimos, bailamos y nos acostamos. Llegamos muy tarde, no sé a qué hora me dormí. El conde después de acostarse conmigo se fue. Y fue mera casualidad que nos encontrásemos en el bar —respondo mientras me

peino.

Ahora la que parpadea rápidamente es ella.

- Espera, espera. ¿Te acostaste con el conde? Y ¿Cómo es que te quedas tan tranquila? —pregunta.
- ¿Pues cómo quieres que te lo diga, dando saltos?
- Joder, Caroline, que no todos los días se acuesta una con un conde tan guapo como ese.
- Sí, es guapo. Y sin ropa está buenísimo. Pero ahora no quiero hablar de eso. Me siento mala hija, mi madre acaba de morir y yo acostándome con un tipo que acabo de conocer. Por otra parte, hoy tengo que ir a casa de Callum Jones. Como verás tengo cosas más importantes en las que concentrarme —expongo desviando el tema.
- Vale, sé que tienes razón. ¿Cómo te sientes? —dice abrazándome.
- Me siento rara. Extraño a mi madre cada segundo del día. Estoy sola, Satiné. Y encima tengo un padre al que tengo que ir a ver ya.

Me termino de arreglar rápidamente y salimos veloz de mi casa. Tengo que hacer tres trasbordos y coger un autobús para llegar a dónde vive mi recién estrenado padre. Me coloco los audífonos y me pongo a leer, es la mejor manera de no pensar y calmar estos nervios que comienzan a instalarse en mi ser.

Hora y media después, estoy parada frente a la puerta de la casa de los Jones. El corazón me late a mil por hora. Miro a ambos lados y pienso en salir corriendo. ¿Qué hago aquí? Soy la recién llegada. La extraña. Ellos son una familia consagrada y yo solo una piedra en sus zapatos.

Cuando me doy la vuelta para irme, me topo de cruces con Madison y su esposo.

- ¿Caroline? ¿Qué haces aquí? —pregunta dándome un abrazo.
- Sí. ¡Hola! Vine a hablar con su padre. Me citó hoy aquí.

Mira a su marido y agarrándome del brazo avanzamos hacia la puerta.

- ¿Por qué te ibas? ¿No había nadie? Qué raro, papá no sale a esta hora.

Llaman al timbre y enseguida abre la puerta una señora muy risueña y regordeta.

- ¡Buenos días, mi niña Madison! —dice ésta acariciándole el brazo suavemente —. Hola, señor Charles.
- Buenas. ¿Dónde está mi pequeña Lili? —pregunta Madison.
- Está jugando con sus primitos.
- Pasa, Caroline —dice tirando de mí —. ¿Dónde está papá? —pregunta a la señora.
- En su despacho. Cómo todas las mañanas. Leyendo su periódico.
- Dile que está aquí Caroline.

La señora antes de marcharse me mira fijamente. Siento que me quiere leer la mente.

Madison y Charles entran hasta el salón. Me quedo parada en la entrada.

- No te quedes ahí —dice Charles —. ¡Pasa! Por cierto, no nos han presentado, soy Charles, el marido de Madison.
- Sí, le conozco. Por las revistas —me apresuro a decir.
- Esta es nuestra pequeña Lili —dice Madison abrazando a la niña.
- El señor enseguida la atenderá —dice la señora ahora sin mirarme.

Madison me pide que me siente mientras lo espero. El salón es acogedor a la vez que enorme. Una gran chimenea y alrededor fotos de la familia. Una es la boda de Margaret y su esposo. Otra la de Madison y Charles. La de Isla y su marido. Y de niños. Luego una enorme sobre la pared. Es toda la familia junta. Cosa que me vuelve a venir a la mente, ¿Qué hago aquí? Me levanto de golpe y me acerco a los retratos. Son una familia muy unida. Los ojos enseguida se me cubren

con lágrimas. Esto es lo que siempre añoré de pequeña. Todas las noches me metía en la cama y soñaba con tener un padre que me leyera un cuento antes de dormir. Unas hermanas con las que jugar. No puedo ser egoísta ya que tuve una madre maravillosa que me dio todo lo que pudo, pero al ver estas fotos, me entra añoranza.

— ¿Estás bien? —pregunta otra voz detrás de mí.

Margaret está mirándome fijamente.

— Sí, disculpa. Estaba viendo estas preciosas fotos de toda vuestra familia. Que guapa estabas en tu boda —respondo disimuladamente.

— Gracias. Fue de mi primera boda con William. Aunque me veas ahí sonriendo, no estaba feliz. Fue una boda sin amor, en ese momento —responde sonriendo.

Su marido llega donde estamos. Es un hombre muy atractivo y grande. Se nota que es irlandés.

— Sí, esta pequeña fiera fue difícil de domar —responde dándole un pequeño beso a Margaret.

— ¿Quién domó a quién? —responde ésta mirándole.

— Bueno, ya empiezan —expresa Madison—. No paran de retarse.

La mujer vuelve a aparecer.

— El señor la espera en el despacho.

Desaparece rápidamente del salón. Como no tengo ni idea de donde es el despacho le pregunto a Madison que se extraña al no ver que la señora me acompañe.

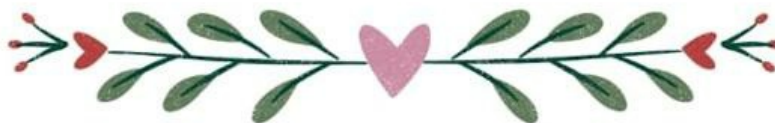
— Ven, ya te llevo yo.

Nos paramos frente a una puerta doble y llama.

— ¿Puedo entrar, papá? —pregunta abriendo la puerta—. Vengo a acompañar a la chica, que no sabía dónde era tu despacho.

Luego se marcha dejándonos solos.

Caroline



Callum Jones me pide sentarme y así hago. El está detrás de su mesa, pero se levanta y se sienta a mi lado. Me mira en silencio. Yo lo observo también. Las veces que le he visto así en la prensa. En persona es mejor, no parece tan mayor como en las fotos.

— Eres preciosa —dice mirándome—. En la forma de la cara te pareces a tu madre, pero en lo demás eres una Jones. Te pareces mucho a tu hermana Isla.

No digo nada. Solo hago una media sonrisa.

— Te preguntarás porque no tuviste un padre de niña. Nunca me quise desentender. Tú madre no quiso que me hiciera cargo de ti. Durante años te busqué sin éxito. Desistí. Pero jamás me he olvidado de ti. Siempre me pregunté que sería de mi pequeña Caroline —dice Callum.

— Mi madre me contó lo que pasó. No voy a negarte que siempre extrañé una familia. Un padre, hermanos. Pero mi madre fue madre y padre para mí. No quería buscarte, pero mamá en su lecho de muerte me confesó todo y me hizo jurar que te buscaría. Si te soy sincera, no pretendo que me aceptéis en la familia. Sé que sois una familia ideal. Perfecta, tal como sale en las revistas. Lo último que necesitáis es una extraña

entre vosotros. Solo que quería conocerte en persona —expreso nerviosa.

- Nunca serás una extraña. Eres mi hija. Y no voy a ocultarte de mis hijas. Mi mujer lo sabe. Cuando ocurrió lo de tu madre y yo, estábamos separados. Mi esposa es muy comprensiva, cuando se enteró de que iba a tener una hija con otra persona, no te voy a decir que se alegró, pero luego entendió que estábamos separados en ese momento. Me apoyó desde el principio. Luego cuando nos reconciliamos, es cuando nació Madison. Eres unos meses mayor que ella.

Me levanto de la silla y me acerco a la foto que tiene sobre su mesa.

- Me da miedo que me rechacen. Además, ya somos todas adultas. Es mejor que no digas nada. Podemos quedar cuando quieras, pero no quiero ser un huracán en tu familia.

La puerta se abre de pronto y Madison se cae al suelo. Callum la mira recriminándola.

- No me lo puedo creer. ¿Madison Jones, estabas escuchando detrás de la puerta como cuando eras niña?

Esta cierra la puerta y viene hacia nosotros.

- No es momento de que me recriminies nada. ¿Es cierto que ella es mi hermana? — pregunta mirándolo.

Callum me mira y luego la mira a ella.

- Sí, Madison. Ya te explicaré la historia. Pero ella es tu hermana Caroline.
- He escuchado todo lo que tenía que escuchar, papá.

Madison me mira seriamente. Me dan ganas de huir. Es el momento de salir corriendo. Si es que no era buena idea venir aquí. Se acerca a mí y me agarra de los brazos tirando de mí.

- Eres mi hermana —dice observándome de cerca—. Otra hermana más. Me da igual que fue lo que pasó, pero ya somos mayorcitas para estar con rencores o estupideces por cosas que no están en nuestra mano. ¡Bienvenida a la familia, hermana! —dice abrazándome.

Al principio me quedo un poco cortada, no me esperaba la bienvenida. Pero me relajo y la abrazo yo también.

- Siempre soñé con tener una hermana —digo.
- Pues no tienes solo una. Tienes tres —expresa ella.
- Dos de mis cuatro hijas juntas. Me emociona tanto ver esto. Lo deseé durante tanto tiempo.
- Estoy un poco aturdida por todo lo que está ocurriendo en mi vida. Hace una semana mi madre perdía la vida. Yo me enteraba de que tenía unas hermanas. Y hoy estoy aquí con Callum y mi hermana Madison —expreso nerviosísima.
- Llámame, papá —dice Callum.
- Dame tiempo, por favor. Es muy pronto para mí.
- Lo comprendo, tienes razón —responde.

Madison me mira fijamente. Es como si pretendiese leerme la mente.

- Madre mía que fuerte. Cuando se enteren todos de que eres otra hermana. Es que alucino. Cuando Isla y Margaret se enteren.

La puerta se vuelve a abrir y entra Margaret leyendo un periódico.

- ¿Qué haceis? —pregunta mirándonos por encima de las páginas.
- Margaret vas a alucinar.
- No, la que vas a alucinar eres tú. ¿Recuerdas a los Owen? Pues se van a separar. Imagínate, después de treinta años juntos.

- ¿Por qué se van a separar? —pregunta Callum.
- Pues porque su esposa descubrió que este le había engañado con otro y que además tenían dos hijos. Era bígama. Alucinante. A mí, William me hace eso y le capo — expresa.

Callum y Madison se miran.

- ¿Te imaginas, Margaret? Una hermana de papá o de mamá. ¿Qué harías si de pronto descubrieras que papá tuvo un hijo con otra mujer?

Margaret la mira fijamente. No sé como describir la cara. Pero no me gusta lo que veo.

- ¿Qué que haría si descubriese eso? Jamás aceptaría a otra hermana. Despues de tantos años, a estas alturas. ¡Que horror! Y no vería a papá ni a mamá de la misma manera. Menos mal que papá no es así. Es todo un caballero.

La tengo buena con ella entonces. Jamás me va a aceptar. Ya sabía yo que no me podría salir todo perfecto como estaba pasando.

- Por cierto, ¿Quién es ella? Nueva empleada de la empresa aquí. Estabamos a la espera de una nueva secretaria —dice señalándome—. Ayer la vi también en la fiesta.
- Pues verás Margaret, ella es —dice Callum.
- Soy Caroline Bridget y me estaba entrevistando para trabajar en la empresa, sí — respondo adelantándome a él.

Madison y Callum me miran confusos. Con la mirada les pido que no digan nada.

- Sí, eso es, hija. Nueva secretaria. Pero la voy a contratar como asisntente personal. Ya sabes que desde que se marchó Morris necesito a alguien que me ayude aquí con los papeleos.
- Ah, pues me parece bien. ¡Bienvenida! —dice marchándose.

Madison cierra la puerta rapidamente.

- ¿Por qué has dicho eso? —pregunta.
- ¿No habéis visto como ha reaccionado cuando le preguntaste lo de la hermana? Mejor vamos a dejarlo así —expreso—. No quiero ponerlos la vida patas arriba. Habéis crecido muy bien sin mí, no quiero incordiar.
- Eres mi hija, por el amor de Dios. Tienes los mismos derechos que Margaret, Isla y Madison. Ya te he ocultado muchos años.
- Bueno, al menos dejen que me conozca. Cuando vea como soy, entonces se lo diremos —digo—. Ahora me voy a ir, tengo que ir a hacer cosas.

Despues de despedirme, llamo a Satiné, necesito hablar con una amiga, tengo una voragine en mi interior y no sé como sentirme.

Caroline



No sé como pero estoy trabajando para mi padre como asistente. Su esposa sabe quien soy y lejos de tratarme mal, lo hace con mucho cariño y respeto. De hecho, el primer día que empecé, hace ya dos semanas, me pidió que habláramos. Me dijo que ella jamás me ha odiado. Ni a mí madre. Me contó que por aquella época, era bastante pretenciosa e insoportable. No se ocupaba de sus hijas, ni de su esposo. Mi madre era la que se ocupaba de ellas. Callum se lo dijo muchas veces, que estaba descuidando a su familia, siempre de fiestas sociales, de viajes. Cuando se separaron, ella se lo hizo pasar mal, por eso él, se fue con mi madre, que era dulce, cariñosa, y atenta. Cuando Callum se lo confesó, al principio se molestó, pero después comprendió que ella había sido mala esposa. Cuando hicieron las paces se unieron mas que nunca, se centró en sus hijas y se quedó embarazada de Madison. Por ese entonces, mi madre me esperaba a mí, Callum se lo dijo, y lo animó a que me buscara, le hacia ilusion que mis hermanas y yo crecieramos juntas, pero mamá se encargó de ocultarme bien y nunca pudimos crecer juntas.

La verdad, es una mujer que me parece simpática y buena. Margaret no sospecha nada, sin embargo, Isla se enteró cuando escuchó a Madison hablar con su esposo Charles de mí. Isla apareció en el despacho de nuestro padre y delante de mí le preguntó si era cierto que yo era hija de él. Me quise marchar y dejarlos solo, pero me lo impidió. No le quedó mas remedio que confesárselo. Pensé que reaccionaría mal, como reaccionaría Margaret si se enterase, pero lejos de eso, se alegró. Aunque luego quiso hablar con su madre y esta explicarselo desde su punto de vista. Ahora las tres tenemos un secreto de hermanas, lo unico es que, se lo estamos ocultando a la otra hermana.

Madison e Isla, me han invitado a tomar unas copas esta noche, ya qué Madison se vuelve a Nueva York mañana con Charles y la pequeña Lily.

- Vienen desde Roma mi ex marido y su mujer Lía. Quiere aprovechar y estar con la niña unos días.
- Ah, ¿pero Lily es hija de tu ex? —pregunto sin entender.
- No, pero como si lo fuera. Mi relación con Charles no era como la ves ahora, perfecta. Él fue primero novio de Margaret, antes de que esta conociera a William. Yo siempre lo amé en secreto. Pero después de una mala experiencia con él, conocí a Dean, mi ex, es un amor. Nos casamos, pero Charles apareció de nuevo en mi vida, y bueno, tuve una aventura con él y me quedé embarazada de Lily. Es una historia muy larga, da para un libro. Y la de Margaret ni te digo. Y tú, ¿tienes novio? —pregunta.
- No. Ahora mismo no me interesa. Bastante líos tengo en mi vida.

Madison e Isla, son como la noche y la mañana. Isla es seria, pero muy agradable y cariñosa.

Madison, es alegre, abierta, habladora, mucho.

- Mira, ahí viene Margaret —dice Isla.
- No sabía que vendría —expreso mirando a la puerta.
- Tranquila. No es el coco. Es muy buena, pero tiene un pronto, que para qué —continúa Madison.

Margaret deja la chaqueta en la silla. Les da un beso a sus hermanas y me estiene la mano.

- ¡Hola! ¿te llamas Caroline? ¿no?
- Sí —respondo.

Margaret comienza entonces a hablar con ella contandoles algo de la empresa. Luego sigue con algo de Will y una fiesta sorpresa que le va a dar con motivo de su cumpleaños. La complicidad que se ve entre ellas es enorme. Ojalá yo tuviera esa unión. Siento que estoy fuera de lugar ahora mismo.

- Ponte con nosotras —dice Madison—. Caroline nos ha contado que estudia interpretación y que también trabaja en una cafetería. Además ayuda a papá en su casa.
- Que bien. Quien algo quiere, algo le cuesta. Por cierto, ¿conoces a aquel chico? —pregunta mirando a la barra.

Cuando miro se trata de Stéphanie. Está hablando con uno de sus guardaespaldas. No me ha visto, así que trato de esconderme detrás de ellas.

- Espera, ¿no es ese el conde Stéphanie? El que entregó el premio a papá.
- Sí, es él —dice Isla—. ¿Por qué te escondes de él?
- ¿Le has robado? —pregunta Margaret.
- ¿Qué? No, no soy una ladrona. Lo que pasa es que pasamos una noche juntos y le eché de casa después.

Las tres me miran con curiosidad. Están esperando que les diga todo.

- ¿A qué esperas? Cuéntanos —dice Margaret.
- Bueno, después de la fiesta, me fui a tomar unas copas con mi amiga. Me sentía bastante depre por la muerte de mi madre. Allí estaba él. Mi amiga nos dejó solos. Después de una noche de fiesta, acabó en mi cama. No he vuelto a saber de él.
- Vaya, apuntas bien —dice Isla aplaudiendo.
- Muy alto —dice Margaret.

Madison e Isla la miran.

- Margaret, no te pases. ¿Por qué dices eso? Tu no eres así.

Margaret no dice nada. De pronto aparecen los tres maridos de ellas y me siento desplazada. Sé que es lo que tengo que hacer. Mientras las tres están hablando con sus parejas, me voy alejando

sin que se den cuenta.

Salgo a la calle para pedir un taxi. Tengo ganas de llorar. Me siento idiota. Margaret jamás me va a aceptar. Ni siquiera sabe quien soy y me mira como un insecto. ¡Maldita sea! No aparece ningún taxi.

— Dichosos los ojos —dice una voz detrás de mí.

Al darme la vuelta ahí está, el conde Stéphane.

— ¡Hola! —digo entristecida.

— ¿Qué te ocurre? —pregunta.

— Me siento sola —respondo sin pensar —. ¡Perdóname! No sé porque he dicho eso.

Una limusina se para frente a nosotros.

— Entra —dice mirándome con ternura.

— No. Tienes cosas que hacer. Eres alguien importante.

— No tengo nada que hacer. Me iba a mi hotel. Y por cierto, tú también eres importante.

Lo miro y sin más entro en la limusina. Stéphane le dice al conductor que nos lleve al hotel.

Después de un breve recorrido, llegamos al hotel. La limusina entra al *parking*, antes de bajarnos nosotros, lo hace el guardaespaldas. Mira a todos sitios por sí hubiese alguien. Nos abre la puerta y bajamos. Tomamos un ascensor privado que nos lleva directamente a la *suite*.

Una vez dentro, Stéphane me ofrece una copa que acepto encantada.

— Ahora me vas a contar que hacías en ese local, y que te ha ocurrido.

Le observo y decido contarle, pero obviando a mi recién estrenadas hermanas.

— He salido a tomar unas copas con unas nuevas amigas, pero me he sentido aislada.

Cuando llegó la tercera, me trató muy friamente. Y tiene razón cuando me dijo que aspiro demasiado alto. Luego llegaron sus parejas y me marginaron. Cosa que me hizo pensar en lo sola que estoy. Mi madre era la única persona que tenía y ahora no tengo a nadie —digo con los ojos llenos de lágrimas.

— Nos conocemos de una noche. Vivo en Francia, pero quiero que sepas que no estás sola. Me puedes llamar cuando quieras. Yo también me siento solo, a pesar de estar siempre rodeado de gente.

No le permito que diga nada más. Me dirijo hacia él, y sentándome a orcajadas sobre él, lo beso desesperadamente. El no se queda atrás y me responde igual. Me alza y me lleva a su habitación, donde me desnuda a prisa y me recorre con su lengua de arriba abajo haciéndome gozar como jamás lo había hecho. Me olvido de lo vivido con mis hermanas y del mundo entero.

Stéphane



Al día siguiente de conocerla, fui al bar donde la vi la noche anterior. Me llevé una enorme decepción al comprobar que no estaba. Estuve horas esperando a ver si aparecía, no lo hizo. Tres días después tuve que volver a Francia. Tengo muchas obligaciones.

Ha sido una gran casualidad que me encontrara con ella hoy. He venido por veinticuatro horas. Mañana por la tarde me vuelvo. Verla triste porque se sentía apartada me ha hecho replantearme que las personas, siempre nos centramos en nuestras cosas sin darnos cuenta de que quizás, hay otras que lo pasan peor. No es capaz de ver su brillo. No necesita de ninguna amiga para darse cuenta. Quién de verdad te quiere, lo ve. Me da mucha pena ver que está sola. Ahora, la observo dormir en mi cama. Su cara de inocente y su rubia melena no me pasan desapercibido. Me levanto sin hacer ruido, tengo una llamada pendiente de hacer, y aunque es tarde, debo hacerla. Mi madre me dice que mañana por la noche tenemos una recepción. Me ha dicho que va a invitar a la condesa Marceau para que sea mi acompañante. Es una mujer atractiva, pero muy ambiciosa. No es que no me gusten las personas que aspiren a superarse, claro que sí, pero Ruby Marceau es demasiado. Además es muy dada a humillar a la gente. Algo que no tolero en mi presencia.

—No la invites, mamá, o quedarás mal con ella —digo mientras pienso rápidamente.

—¿Cómo que quedaré mal? Mañana tenemos esa recepción. Como se te ocurra faltar te juro que me las pagarás —expresa molesta.

Puedo notar su respiración acelerada a través del telefono.

—Sí que voy asistir, ¿quién ha dicho que no? Simplemente ya tengo

quién me acompañe —suelto sin darme cuenta.

—¿Quién es ella? —pregunta—. ¿La duquesa Tuarec?

—No. No la conoces, es una amiga. Después hablamos.

Cuando cuelgo, me doy cuenta de que he metido la pata hasta el fondo. ¿Por qué demonios habré dicho eso? Ahora a quién demonios voy a llevar.

La puerta de la habitación se abre y aparece Caroline. Se ha vestido y pareciera como si quisiera marcharse a escondidas.

— ¡Maldita sea! —dice en voz baja.

— ¿Te ibas sin despedirte? —pregunto.

— Lo siento, Stéphane. Es que no soy una mujer que suela hacer estas cosas y bueno, me siento un poco avergonzada.

— No tienes por qué. Somos adultos. Los dos nos necesitábamos. No hay más.

Me mira como si no supiera que decir o hacer. Luego se va relajando.

— Gracias —expresa.

— No me des tanto las gracias. Mejor ven, siéntate aquí. Voy a pedir algo para comer. Estoy hambriento y tú seguro que también lo estás.

Se sienta en silencio. Está muy callada. Pero preciosa. Sus ojos azules brillan ante los escasos rayos debiles del sol del amanecer. Pido tostadas, fruta, huevos, croissant. No sé que es lo que a ella le gusta. Opta por el croissant. Le he contado como los comemos en Francia y ha querido probarlos ya que nunca lo habia hecho.

— ¿No conoces Francia? —pregunto.

— No. —se disculpa—. Es que tenía la boca llena. No, nunca he salido de Londres. Mi madre y yo no podíamos permitirnoslo.

— Entiendo. Pues ojalá vengas un día. Te encantaría. Yo soy de un pueblo llamado Saint Font. Está lleno de castillos. Bosques. Animales. Cuando estoy estresado y quiero estar solo, cojo a mi caballo y me pierdo entre los bosques y cascadas que tiene.

Caroline me observa atenta.

— ¿Alguna vez has sentido que estas fuera de lugar? —pregunta.

— Todo el tiempo. La gente que se me acerca, la mayoría lo hacen por mi título. No les intereso yo por mi persona, sino por lo que puedo o no darles. Todos me hablan con falsedad, eso se nota. No son auténticos. A todo me dicen amén.

— Yo también. A ver no que me sienta en compañía, todo lo contrario. Estoy sin nadie. Mi madre era lo único que conocí como familia. Y ahora, después de tantos años, descubro que tengo hermanas —expresa mirando fijamente hacia la ventana—. Anoche estaba con ellas. Dos de ellas son amables y simpáticas, pero la mayor me trata con indiferencia. Y eso que es la única que no sabe que soy su hermana. Imagínate si lo supiera.

— Vaya, lo siento. De verdad.

— ¿Tienes hermanos? —pregunta mirándome por fin.

— Tengo una hermana de diecisiete años. La adoro. Pero mi madre la está criando para que se crea lo más y eso no me gusta. Trato de protegerla, pero no me es fácil. Solo de pensar que tengo que volver esta tarde y que tenemos una recepción me dan ganas de desaparecer.

— Hazlo —dice.

— Ojalá pudiera. El deber es el deber.

La miro porque se me acaba de ocurrir algo.

— ¿Puedo preguntarte algo?

— Dime —responde.

— ¿Te gustaría pasar el fin de semana en Francia? Para ser exactos en Saint Font —
suelto de golpe.

— ¿Yo? No puedo. Tengo qué... —Se queda callada de golpe.

— ¿Tienes qué? —pregunto —. ¿Trabajar?

— Sí. Trabajo de camarera y estudio arte dramático. Lo que me han dado vacaciones en
las clases.

— ¿No podrías pedir unos días en el trabajo? Si se trata de dinero, te pago lo que
quieras. No tengo problema. Además, podrías ayudarme, y de paso interpretarías un
personaje. No me digas nada aún, piénsalo. Son las seis y media de la mañana. Tienes
hasta las dos de la tarde.

Me mira confundida. Se levanta y se asoma a la ventana.

— No creo que pueda. Es el unico trabajo que tengo. El que tenía de asistente he
decidido renunciar. Además, ¿Qué personaje tendría que interpretar?

— A una duquesa. —me mira con cara de confusión —. No me mires así. Piénsatelo,
por favor. Te dejo mi tarjeta. Llámame con lo que sea.

Caroline agarra su bolso. Se dirige hacia la puerta.

— No creo que pueda, pero te prometo que te aviso con lo que sea. Luego se marcha.

Caroline



Tengo varias llamadas de Callum. Varias de Madison, pero no les he contestado. No sé como sentirme con respecto a lo de anoche. No sé que pinto en esa familia. Está claro que sobro. Solo me acerqué porque se lo prometí a mi madre. Lo he cumplido, pero no quiero seguir viendolos. ¿Para qué? Está claro que ellos tienen ya su familia hecha. Yo solo soy una piedra en su camino. Acabo de llegar a casa, no sé que demonios estoy haciendo con Stéphane. Siempre he sido una mujer que he sabido lo que hago. Pero desde que mi madre murió, siento que estoy perdiendo el rumbo. No voy a negar que ese adonis no me guste, sería estúpida, pero no estoy como para amorios ahora mismo. Lo que me faltaba.

Llaman a la puerta y voy a abrir, seguro que es mi amiga. Cuando abro me sorprende al ver a Callum en la puerta. Si nunca le dije donde vivia.

— Por fin te encuentro —dice al verme.

Me quedo parada mirandolo. No entiendo que hace aquí.

— ¿Cómo supiste donde vivia? —pregunto.

— Le pedí a mi chofer el otro día que te siguiera. Lo sé, estuvo mal. Pero eres mi hija, me gusta saber dónde vives.

— Pues ya ves. No es tu mansión. Es una casa pequeña. Humilde, pero crecí muy feliz —respondo bruscamente.

Callum termina de entrar y yo cierro la puerta.

— ¿Qué te ocurre? ¿Por qué estas tan agresiva? —pregunta inquieto.

— Mira, sé que te dije que me gustaría tener relación con todos, pero creo que me

precipité —expreso.

- ¿Qué? No. ¿Por qué dices eso? —pregunta confuso.
- Tenéis vuestra familia ya más que consolidada. No pinto nada ahí.
- Claro que sí. Caroline, eres mi hija. Tienes el mismo derecho que tienen las otras tres. Madison me contó que anoche salisteis de fiesta y que cuando llegaron sus esposos te dejaron un poco de lado. Se siente mal por ello. Te ha estado llamando. No somos una familia mala. Enseñé a mis hijas lo que es el respeto. A ayudar y confiar en las personas. No te alejes de nosotros, por favor —dice mirándome.

No sé que hacer. Lo pienso un rato.

- No creo que tu hija la mayor me acepte. No quiero anteponerme a tu familia.
- Mi hija la mayor, es tu hermana Margaret. Ella es dulce y cariñosa. Cuando se entere se va a poner feliz de tener otra hermana —dice sonriendo.
- Si, ya ves como reaccionó cuando Madison le insinuó lo de esa familia.
- Es muy impulsiva. Normalmente dice cosas que no siente. Si llegas a ver como se llevaba al principio con su esposo. Ahora se adoran, pero antes se llevaban a matar.

Después de un rato, Callum se marcha. Yo me quedo más confusa de lo que ya de por sí estaba. Ahora no sé que hacer. Me dispongo a prepararme a cocinar algo cuando vuelve a sonar la puerta. Por el amor de Dios, ¿quién será ahora? Es Roger, el hijo de mi vecina.

- Hola, Roger. ¿Cómo estás? —digo al abrirle.
- Disculpa si estabas haciendo algo, es que esta mañana vino el cartero a traerte esto. Como no abrí la recogió mi madre —expone tendiéndomela.
- Gracias. No sé qué haría sin vosotros.
- Espero que estes más animada. Ya sabes que si necesitas hablar me tienes aquí.

Roger y yo solíamos salir al cine, y no voy a mentir, alguna que otra vez nos hemos acostado. Es guapo y muy simpático. Siempre ha estado ahí para mí. Su madre y la mía siempre han querido que estuviéramos juntos. Un día apareció Jaqueline, una compañera suya y me confesó que le gustaba, así que dejamos de acostarnos. Salieron durante un tiempo, pero esta solo le utilizó y lo terminó abandonando cuando sacó de él lo que quería. Cuando me lo contó le traté de animar, pero ahora no me interesa nada con él. Lo veo solo como un amigo.

- Lo sé. Te lo agradezco —respondo.
- Caroline, siento que rompí eso tan bonito que teníamos después de aparecer Jaqueline —comienza a decir.
- Roger, no sigas. Tú y yo no íbamos a ningún lado. Salíamos por nuestras madres, nada más —respondo.
- No es así. Tú sabes que lo pasábamos muy bien juntos —dice serio.
- Si te refieres al sexo, no lo pasábamos mal. Pero de ahí a otra cosa, no.

Me mira en silencio. Siento que le estoy lastimando, pero no quiero confusiones. Siempre he sido muy clara. No quiero nada con Roger, ahora no.

- Lo siento. Si necesitas algo solo tienes que cruzar el rellano.

Se marcha y me quedo apenada, pero es lo mejor.

Abro la carta y me tengo que sentar. Es una invitación a abandonar mi casa si no pago los cuatro últimos meses de alquiler. No me lo puedo creer. Se me pasó por completo. Creí haberlo pagado en su momento, pero no fue así. Con la enfermedad de mi madre se me olvidó. Y es un dineral que no tengo. ¿De donde voy a sacar el dinero? Si no pago me echan, y entonces ¿Dónde voy a vivir? Maldita sea.

Margaret



Últimamente veo a mi padre un poco extraño. Hace unos años que se jubiló y dejó todo en mis manos. Al principio me negué a asumirlo todo. Me daba un poco de vertigo. Siempre fue un hombre de éxito. Pero después de el desfalco que le hizo su amigo y ver como William, y yo logramos sacarla adelante, vio en mí algo que yo creí que no tenía. Decidió jubilarse. Quería viajar con mi madre. Antes con el trabajo apenas podían hacer vida de casados. Así que tomó la decisión de llevarla a todas partes. Desde hace unas semanas, le noto extraño. He hablado con mis hermanas y ellas no notan nada, aunque conociendo a Madison y su forma de actuar, no sé yo.

— ¿Qué te ocurre? —pregunta Will al verme sentada en la cama sin levantarme aún.

— ¿Notas algo raro en mi padre últimamente? —pregunto observándole.

En los años que llevamos juntos, sé perfectamente si me oculta o no algo.

— Lo veo como siempre. No sé —responde quedándose pensativo—. La verdad, lo noto más contento desde hace unas semanas.

— Yo también le noto más contento de lo habitual. Cosa que me extraña. A ver, no pienses que no me alegro de que mi padre esté contento, pero no sé a qué se debe, eso es lo que me mosquea.

— Cariño, eres demasiado controladora. ¿Por qué tienes que saber todo de todos en cada momento? —cuestiona.

- ¿Controladora? —pregunto alzando una ceja.
- Margaret, no lo digo para discutir. Sabes cómo eres. Te gusta tener todo bajo control. Que no es malo, pero deja las cosas fluir.

Me quedo en silencio pensando en sus palabras. Pero no, no puedo dejar fluir. Quiero saber que es lo que me oculta mi padre, no me extrañaría que Madison lo supiera. Pero tengo que averiguarlo.



Cuando bajo a desayunar, observo que todos están ya sentados alrededor de la mesa menos mi padre y Madison, cosa que me pone en alerta rápidamente.

- ¿Dónde está Madison? —pregunto a Charles.
- Creo que ha ido a buscar a tu padre a su despacho.

Sin más que decir me encamino hacia allá. La puerta está medio cerrada. Oigo como murmuran y pego la oreja. No logro oír nada, están hablando muy bajito. Abro la puerta.

- ¿Qué haceis? —pregunto mirándolos fijamente.

Ambos se quedan en silencio al verme.

- Nada, estaba avisándole de que el desayuno ya está listo —contesta Madison rápidamente.

Sé perfectamente cuando oculta algo. Es mi hermana menor, por el amor de Dios. De verdad cree que ha estas alturas de la vida, me va a engañar.

- Pues vamos para allá —responde papá yendo hacia el salón.

Madison le sigue detrás, pero la agarro del brazo y no la dejo que siga.

- ¿Crees que me vas a engañar? Madison Jones, dime que demonios está ocurriendo aquí o voy a montar tal escándalo que no solo Londres temblara —expongo molesta.
- Margaret, deja la paranoia. No estamos ocultando nada. Monta el escándalo que quieras, vas a quedar como una neurótica, que por cierto a veces es la sensación que das —responde marchándose y dejándome planchada.

Si creen que me van a engañar, lo tienen muy difícil. Cojo el teléfono del despacho y marco un número, el de el detective privado que nos ayuda en muchos trabajos para la empresa. Él me va a ayudar a averiguar que demonios me están ocultando.

Stéphane



A estas alturas del día, aun no he recibido ninguna llamada de Caroline, por lo que dudo que quiera ayudarme. No entiendo que es lo que le ocurre. Cuando estamos en la intimidad, es dulce, cariñosa, tierna. Pero luego se convierte en esquivia, fría, distante. Es como si fuera dos Caroline diferentes. Eso me desconcierta mucho. Nunca había conocido a una mujer así. Me gusta muchísimo, aunque sé que no puedo tener nada serio con ella, mi madre pondría el grito en el cielo. Con lo clasista que es. Y aunque soy un hombre y no permito que nadie interfiera en mis decisiones, por el título que tengo, debo casarme con una noble. Una auténtica estupidez, lo sé. Estoy preparando mi viaje a casa. Mañana es la recepción y me gusta llegar con tiempo.

— Señor, debemos marcharnos ya al aeropuerto. Su avión privado ya está allí —dice uno de mis hombres de seguridad.

— Vicent, ya voy. Vete bajando. Enseguida estoy.

He estado tratando de alargar el tiempo lo mas posible. Pero viendo que son las tres y que Caroline no me ha dicho nada, me marcho. No puedo estar esperando por ella una eternidad. Cogemos el coche oficial y observo las calles de Londres. Su gente paseando tranquilamente. Van y vienen a sus trabajos sin escoltas, algo que siempre he querido hacer, me tengo que escaquear para poder logarlo. Observo a una pareja besandose en mitad de la calle. Algo que tampoco puedo hacer porque la prensa se me echaría encima.

En poco tiempo llegamos al aeropuerto. Agarro mi equipaje de mano mientras mis hombres se encargan del resto. Me dirijo a la puerta de embarque donde mi jet privado me espera.

— Stéphane —escucho de lejos.

Me doy la vuelta y veo a Caroline con una pequeña maleta y varios hombres sujetándola mientras ella trata de que la suelten.

— Dejenla, viene conmigo.

En cuanto la sueltan comienza a decirles algo que no logro entender, luego viene hacia mí.

— Creí que no vendrías —expreso.

— Lo siento. Te llamé, pero lo tienes apagado.

Saco el telefono del bolsillo y me percató de que así es.

— Lo siento, debí quedarme sin batería. ¿Entonces aceptas ser una duquesa o condesa por este fin de semana?

— Así es. Si aun sigue la oferta en pie —contesta.

— Sigue en pie.

La invito a que sea la primera en embarcar y se queda alucinada al ver mi jet privado.

— ¡Esto es alucinante! —expone mirando a todos lados como una niña pequeña.

— ¿Nunca habías visto uno? —pregunto.

— Jamás he montado en avión. Mi madre no podía permitirse el lujo de que viajáramos, así que solo lo he visto por la televisión.

Se sienta frente a mí y cuando el piloto toma pista para despegar mira con los ojos muy abiertos por la ventanilla. Cuando nota que el avión comienza a elevarse se agarra fuertemente a los brazos del asiento.

— Madre mía, ¿Cómo se puede mantener esto en el aire? —pregunta mirándome fijamente.

— Los aviones están preparados para ello. No tengas miedo, tranquila —digo haciéndome adelante y agarrándole de las manos que las tiene completamente engarrotadas.

— Lo siento, pensarás que soy idiota —dice de pronto apenada.

— No. No creo que seas idiota. Nunca habías subido en un avión. Es normal.

Cuando veo que está ya mas relajada, le ofrezco algo de beber. Luego hablamos de lo que debe hacer cuando aterricemos en Saint Font. Le cuento como es mi madre y lo especial que es con ciertas cosas.

Unas horas después tomamos tierra en el aeropuerto de Saint Font. Los hombres del castillo están esperándome. En cuanto bajamos, nos meten rapidamente en la limusina. La cara de Caroline es de alucine total. La pobre no está acostumbrada a estos agetreos. Ojalá yo hubiera podido vivir una vida normal como la suya.

— Señor —dice Tomas, unos de los de seguridad —. ¿Dónde se alojará la señorita?

— En casa, desde luego —respondo —. Una de las habitaciones del ala este del castillo. Es mi invitada.

Caroline está nerviosa. Se la nota por la forma en la que se mueve y observa todo. Se agarra de los dedos y juega con ellos. Le pongo mi mano sobre las suyas.

— Tranquila. Todo va a salir bien —digo para calmarla.

— Espero hacerlo bien. Pero me gustaría que me dijese para que quieres que me haga pasar por condesa —dice bajando la voz.

Solo están el conductor y de copiloto Tomas. Los demas estan en otros coches.

— No nos escuchan. He subido el cristal. Respondiendo a tu pregunta. Mi madre está

ampeñada en que me case con una duquesa que es insoportable. Le he dicho varias veces que no, así qué me amenazó, o eliges una o la elijo yo.

- Pero no soy nada de eso. Soy una simple muchacha de Nothing Hill. No tengo trabajo. No tengo nada.
- Eres mucho más de lo que crees, Caroline. Tienes vida. Libertad. Algo de lo que carezco yo, lamentablemente. Mañana será la fiesta. Quedé con ella en que ese día le presentaría a alguien y ella entonces desistiría con la duquesa. Solo debes fingir este fin de semana —respondo mirándola a los ojos.

Caroline sonríe.

- De acuerdo.

En cuanto llegamos, los empleados del castillo me esperan en la puerta. Mi madre preside en medio y mi hermana está a su lado.

- Hijo, ¡Bienvenido a casa! —dice acercándose y dándome un pequeño abrazo.

Mi madre nunca ha sido una mujer efusiva. Más bien siempre ha sido fría y distante. Nunca tuve una muestra de cariño por su arte. Sin embargo de mi padre sí que lo tuve. Mi hermana viene corriendo y se cuelga de mi cuello.

- Hermanito, ¿me has traído algún presente? —pregunta mirándome con esos ojos de pícara.
- ¿Tú qué crees? Cuando deshaga el equipaje te lo doy.
- Claudette, por favor. Deja a tu hermano. No te cuelgues. Compórtate, por favor.
- Sí, madre —responde guiñándome un ojo.

Caroline, se ha mantenido en silencio todo el rato. Le agarro del brazo y le acerco hasta nosotros.

- Madre, te presento a la condesa Caroline Bridget. Es una amiga muy especial —expreso lentamente para que lo pille.

Mi madre la observa de arriba abajo. Caroline se mantiene firme. No le baja la mirada. Aunque sé qué está nerviosa, lo disimula muy bien.

- ¡Mucho gusto, señora! Su hijo me ha hablado mucho de usted —expresa con una leve sonrisa.
- Con qué, condesa ¿eh? Mi hijo no me había hablado de ti.
- Nos conocimos hace unas semanas, madre. No me había dado tiempo a hablarte de ella.
- Pues su hijo sin embargo, no me ha parado de hablar de usted —responde Caroline.
- ¡Encantada, Caroline! Me llamo Claudette. Soy la hermana de Stéphane. ¡Eres muy guapa!
- ¡Muchas gracias! Tú también lo eres, Claudette.
- Hija, deja a la invitada de tu hermano tranquilo. Pasen, y acomódense. Stéphane, ¿Qué vas a hacer hoy? Has venido antes.
- Sí, madre. He venido antes porque quiero enseñarle a Caroline nuestra tierra.

Subimos al piso de arriba y uno de los empleados muestra a Caroline su habitación.

- Tu novia es muy bonita —dice Claudette.
- No es mi novia. Solo es una amiga.
- Claudette, vete a tus clases de chino. Ya es hora —expresa mi madre.

Una vez que mi hermana se marcha y yo entro en mi habitación, ésta viene detrás.

- ¿Dónde la conociste? No es de aquí. No me suena.
- Madre, no soy un niño. Es inglesa. La conocí en la entrega de premios. Es inteligente. Bonita. Me gusta. Ya me dijiste que cuando te presentara a alguna chica

que me gustara me dejarias un poco en paz —respondo ya cansado.
— Pero no la conozco. Hasta que no me quede tranquila no voy a dejarte en paz.
Pongo los ojos en blanco. No se cuando se dará cuenta de que no soy un niño.
— Madre, las interesadas son aquellas que te rodean y que tanto insistes en que conozca.
Ahora, sí no te importa, quiero cambiarme. He quedado en diez minutos con
Caroline.
Me mira seriamente, desde su altura. Luego se marcha.

Caroline



He alucinado cuando he entrado en la habitacion en la que voy a dormir estos dos días. ¡Es enorme! Si me pareció grande la casa de Callum, esta que es un castillo es alucinante. Lo que me ha hecho quedarme un poco espantada es la forma en que la madre de Stéphane me ha mirado. He tratado de mantenerme firme, por algo soy actriz. Pero qué mujer. Tiene una mirada fría como ninguna. Me ha mirado como si fuera un mosquito. Pero que me quiten lo bailao, lo hago por dinero y porque jamás habia salido de Inglaterra. Me he aseado y me he puesto un pantalon blanco que tengo para montar. Jamás he montado a caballo, a todo esto. Me he traído un pantalón para montar, me gustó cuando lo vi. Me pongo unas botas y me recojo el cabello. No quiero que me estorbe. Suenan la puerta y abro.

— ¿Estás lista? —pregunta Stéphane mirándome boquiabierto —. ¡Estás preciosa!

— ¡Gracias! —respondo —. Tú también estas guapísimo.

— Verás, tengo a todos mis guardaespaldas esperando abajo. Así que cuando montemos, llegará un punto que deberemos escapar de ellos.

— Me parece muy bien. Suena divertido. Solo hay un problema.

Me mira sin entender lo que quiero decir.

— Jamás he montado a caballo —respondo.

— Bueno, luego te enseño. Ahora montarás conmigo.

Bajamos las escaleras, en la puerta hay unos siete tipos. Todos enormes. Trajeados. No sonrien. Y tienen unos pinganillos en los oídos. Madre mía, jamás había visto algo así. Stéphane me agarra la mano. Nos dirigimos hacia las caballerizas. Todo ese sequito sigue detrás. Stéphane saluda a un bonito caballo negro. Es precioso.

— Este es Luke. Mi caballo.

— Es precioso.

El caballo se acerca a mí y acaricia su cabezita con la mía.

— Le has gustado. No suele ser tan docil con gente que no conoce. Tiene buen gusto.

Le miro y me observa sonriente. Stéphane es un hombre tan guapo. Tiene unos rasgos tan masculinos. Una sonrisa perfecta y unos ojos que quitan el hipo. Si hablamos de su cuerpo marcado. No quiero nada con nadie, pero he de reconocer que me gusta este hombre.

— Anda, charlatan. Se lo dirás a todas —expreso para quitar importancia a lo que me ha dicho.

— Te aseguro que no. Eres la única. Eres una belleza.

Sus hombres están alrededor, pero no parecen estar atentos a nuestra conversación, menos mal. Stéphane, me agarra de la cintura y me ayuda a montar. Luego monta él. Sus hombres no están aún montados, por lo que aprovechando, Stéphane comienza a galopar. Sus hombres le llaman pero no responde. Luke vuela. Me agarro a Stéphane fuertemente y me dejo llevar.

Un rato después, estamos en un bosque muy frondoso. Es realmente precioso. Stéphane me ayuda a bajar.

— Nos van a encontrar —respondo.

— No. Este es mi escondite desde niño. Solo Luke y yo conocemos el camino. Ven, sígueme.

Después de caminar unos cinco minutos, llegamos a un precioso lago. El agua es cristalina. Hay una preciosa cascada. Todo es verde a su alrededor.

— Que belleza —digo asombrada.

— Ya te lo he dicho. Lo descubrí cuando murió mi padre. Vine cabalgando. No quería saber nada de nadie. Llegué aquí. Y nadie lo conoce. Si lo conocieran seguro que lo explotarían.

— Pues no diré nada. Confía en mí —respondo.

— Lo hago. Sino fuera así no te hubiera pedido que vinieras aquí. Ahora cuéntame un poco de ti. Sé que perdiste a tu madre, pero ¿y tu padre?

Sólo mi amiga sabe mi vida. Nunca me he abierto con nadie, pero creo que puedo confiar en él.

— Bueno, a mi padre lo descubrí recientemente. Pero no sé. Es todo muy fuerte. Tengo hermanas. En apariencia una me hace caso, pero creo que es por la novedad. La mayor me ignora, y eso que no sabe quién soy de verdad. No sé, siento que estoy fuera de lugar. Mi única familia era mi madre y no está aquí por desgracia —expreso con tristeza.

— ¿Por qué crees que tus hermanas no te aceptan?

— Porque como te digo, la mayor cree que soy una empleada y la amiga de su hermana pequeña. Anoche, cuando me viste así de mal, estaba con ellas. Me fui porque las tres están casadas y al llegar sus maridos me dieron de lado. Es una soledad tan vacía. No sé si me puedas entender. Tú tienes a tu madre. Una hermana. Gente que se preocupa por ti —continúo.

— A veces me gustaría que no se preocupasen tanto por mí. Me agobia mi madre. Su insistencia en que me case con una duquesa o condesa. El protocolo. El no poder salir a la calle y hacer lo que me da la gana. Tener que huir de mis guardaespaldas como si fuera un crío. Tengo treinta años.

Lo miro apenada.

— Si, tu vida no debe ser nada fácil, la verdad.

— Apareciste tú y todo cobró sentido para mí —responde—. Nos conocemos desde hace unas semanas, pero me encantas, Caroline. Jamás había sentido nada así por nadie.

— Stéphane, mi vida es muy complicada y no quiero aún más, entiéndeme.

Este se aproxima mas a mí y no nos podemos resistir y nos besamos. Me acaricia la cara mientras me besa. Como besa. Me siento sobre él y los besos van subiendo de nivel. Stéphane me quita la camisa y yo a él. Luego me levanto y me termino de desnudar ante su mirada. Luego me dirijo al agua.

— Ven —digo mirándolo.

Stéphane me sigue y se sumerge en el agua junto a mí. Luego me agarra de la cintura y nos pegamos a una piedra y hacemos el amor.

Cuando acabamos me visto rápidamente. ¿Por qué demonios hago estas cosas? Stéphane se acerca a mí, me voy hacia el caballo ante la cara de no entender nada de este.

— ¿Qué ocurre? —pregunta—. No entiendo porque ahora me rehúyes.

— Stéphane, ¿Qué demonios estamos haciendo? Mira yo no soy de estar acostándome con tipos que no son mi pareja. Tu y yo no somos nada. Yo no puedo, ni quiero nada con nadie Tú eres una persona con muchas complicaciones, no hay nada. Esto que acaba de ocurrir aquí se acaba ya.

Me mira seriamente. Su cara es un poema. Se nota que le ha molestado lo que le he dicho.

— Muy bien. Entonces cuando lleguemos al castillo llamaré para que te lleven de vuelta a Londres —responde.

— No. No voy a dejarte colgado con lo de hacerme pasar por duquesa. Pero no voy a volver a acostarme contigo —digo algo más tranquila.

— Claro, el dinero —expresa molesto.

— ¿Sabes? No todos hemos tenido la suerte de nacer en cuna de oro como tú. Tengo que pagar una casa, si no me quedo en la calle. Eso tú no lo entenderías jamás, ya que todo lo tienes hecho.

— Entiendo —dice sin más.

Coge las riendas de Luke y me ayuda a montar. Luego monta él y volvemos en silencio al castillo. Ya es de noche, por lo que cuando me preguntan que enseguida estará la cena, me invento la excusa de que estoy muy cansada y me marchó a la habitación. Por hoy ya he tenido bastante.

Madison



- **D**e verdad que mi hermana Margaret no cambia. Ese carácter que tiene me pone de muy malas. Siempre pensando mal de todo el mundo. Con cara de antipática —digo molesta a Charles.
 - No tiene cara de antipática. Tampoco está siempre pensando mal de todo el mundo. Cariño, sabes que es la mayor. Se preocupa por todos. Pero es buena —responde mirándome fijamente mientras me coloca un mechón de pelo.
 - ¿Porque piensa entonces mal de papá? Siempre está detrás esperando a pillarnos en algo.
 - Madison, le estáis ocultando que tiene otra hermana. Sé que Margaret es una mujer con mucho carácter. Pero no creo que la sentencie por ser vuestra otra hermana. Caroline no tiene culpa de nada.
 - ¿Viste como llegó la otra noche e hizo que todos nos distrajeramos y dejáramos de lado a Caroline? Pobrecilla. Me sentí mal por ella. Se marchó pensando mal de nosotras. Charles, es mi hermana, me gustaría conocerla —respondo entristecida.
- Charles se marcha. En unos días se vuelve a nuestra casa en Nueva York. Yo me quedo un

tiempo más en Londres. Lily se va a ir con Dean, con Lía y su hija a Roma un mes. Lily ama tener dos padres. Lllaman a la puerta de mí habitación y es mi hermana Isla. Ella es la más pacífica de las tres. La neutra. Aunque tampoco le parece correcto que Margaret margine a Caroline.

- ¿Estás lista? —pregunta al verme.
- Sí. ¿Tú?
- Si. Está en el despacho de papá. Vamos a hablar con ella.

En cuanto bajamos, Margaret está hablando por telefono. Nos mira sin entender que podemos querer. Isla cierra la puerta del despacho, yo me sirvo una taza de té. Margaret, apurada cuelga.

- ¿Qué os ocurre? ¿A que se debe tanto misterio?
- Queremos hablar contigo —dice Isla.
- De acuerdo —responde sentándose en el asiento de nuestro padre.
- Margaret ¿Por qué tratas como inferior a los demás? —pregunto sin tiritar.
- Madison —dice Isla.

Margaret me mira boquiabierta. No esperaba que fuera a preguntarle algo así.

- ¿Perdón? ¿Qué dices? ¿Qué yo trato mal a quién? No me creo mas que nadie. ¿Has vuelto a las drogas niña? —expresa agresivamente.
- Margaret —grita Isla ahora —. Dejadlo ya. Madison no ha querido decir eso. Y tú te has pasado diciendo lo de las drogas.

La miro con asco. Cuando se pone así no la soporto. ¿Por qué tiene que ponerse tan borde?

- ¿Ah no? Es lo que ha dicho —expone enfadada.
- A ver, Margaret. Lo que Madison ha querido decir es, ¿Por qué te cae mal Caroline?

Margaret mira sin entender nada.

- ¿Caroline? ¿Quién es Caroline? —dice pensativa —. Ah, sí, la chica esa que trabaja para papá. Que por cierto, hoy no la he visto, ni ayer. Que poco profesional.
- ¿Pero que te ha hecho para que te caiga tan mal? —pregunto.
- ¿Y a ti para caerte tan bien? No sé, hay en algo que no me gusta. ¿Por qué es tan amable con nosotras? Esa sonrisa al vernos. No sé me parece falsa. Además tantas horas hablando con papá. No me gusta. Está quiere algo.

Me levanto de golpe del asiento. Mira que soy pacífica. Y adoro a mis hermanas, pero a veces golpearía a Margaret. Ese carácter suyo.

- ¿Por qué siempre piensas mal de la gente? ¿Por qué siempre tienes que pensar que la gente quiere sacar provecho de algo? Me exasperas. ¡Eres una maldita borde! —escupo.
- ¿Y tu una maldita confiada? ¿Por qué de repente nos peleamos por una simple empleada? ¿No será que quiere quitarte el marido? —dice.
- ¡Qué idiota eres! —respondo mirándola enfadada —. Con ella es imposible, Isla. La doy por perdida. Me largo antes de que esto acabe peor.

Salgo del despacho e Isla viene corriendo detrás de mí.

- Madison, no te vayas así. Es nuestra hermana.
- Sí, y Caroline también. Creo que necesita mas apoyo. Nosotras hemos tenido todo. Ella no. Me parece de egoistas. Pero haz lo que quieras —respondo.
- Estoy de tu parte. Pero Margaret no sabe que Caroline es nuestra hermana. Deberíamos decírselo.
- Eso es cosa de papá. Nos ha dicho que no digamos aún nada. Pero, si ni como supuesta amiga la quiere, menos la querrá como hermana —expreso apenada mientras

me coloco el pelo.
Cuando salgo al aeropuerto a buscar a Dean y Lía, salgo apenada. No sé que va a ocurrir cuando ésta sepa que es nuestra hermana.

Stéphane



No entiendo la actitud de Caroline. Es dulce, tierna, cariñosa. Pero pasa del día a la noche en un suspiro. Se vuelve fría, cortante, distante. Siempre que hablamos es tan tierna. Solo siento ganas de abrazarla y cuidarla toda la vida. Siento que nunca ha tenido esa protección que necesita. Nos besamos y sé que a ella le gusta tanto como a mí. Cuando hacemos el amor, es entregada. Lo disfrutamos ambos. Pero en cuanto lo hacemos, es como si automáticamente se arrepintiese. Me rehuye y cambia el carácter. No la entiendo. No sé porque me ha hablado de esa manera. Hacía menos de cinco minutos que habíamos hecho el amor. Me ha molestado mucho lo que me ha dicho. Creo que siempre he sido atento y bueno con ella. No creo que merezca que me hable así. Por ello he decidido que seguiremos haciendo el paripé este fin de semana. Pero cuando regresemos a Londres no volveré a verla. Me gusta demasiado y, cómo bien ha dicho ella, no puedo enamorarme de alguien que no sea condesa o duquesa. Aunque ella lo fuera, está claro que no le intereso. No estoy acostumbrado a andar detrás de nadie, y ella no va a ser la excepción. Me niego.

Cuando llegamos al castillo, ponemos buena cara delante de los demás, pero en cuanto los perdemos de vista, me dirijo a la biblioteca sin mirarla. No quiero hablar con ella.

- Hermanito —dice Claudette al verme entrar.
- Hola, preciosa mía, ¿Cómo estás?
- Me parece muy guapa Caroline. Me cae simpática aunque no la conozco mucho. Cosa que no creo que le pase a mamá.

Suspiro. Estoy tan cansado de todo. De no poder llevar la vida que me gustaría. De que todos se crean con derecho a mangonearme. De que Caroline me trate así.

- ¿Te ocurre algo? —pregunta.
- Estoy algo cansado, solo eso. Sí, Caroline es muy simpática, me alegro de que te guste. Con respecto a mamá, ya sabes que es dura de roer.

Llaman a la puerta, es el mayordomo. Por lo visto, acaba de llegar los primeros invitados, entre ellos se encuentra la duquesa Beocup. Hace años que no la veo. Éramos amigos de niños. Nos llevábamos muy bien. Me sorprende, mi madre no me había dicho nada de que las había invitado. De hecho, siempre le cayó mal Solange, que es el nombre de ella.

- Stéphane —dice dándome un abrazo—. ¡Cuántos años sin verte!

Le doy un fuerte abrazo. Siempre la quise mucho.

- Deja que te vea. ¡Estás espectacular! —digo observándola.
- Muchas gracias. Tú también estás guapísimo.

Después de saludar a su madre, a su padre y a su hermano Philippe, que la acompañan, vamos a la sala. Mientras mi madre y sus padres se ponen al día, y mi hermana habla con Philippe, yo me voy con Solange a hablar tranquilamente.

- ¿Desde cuando no nos vemos? —pregunto sonriendo.
- Pues, por lo menos desde hace diez años. Siempre te he recordado con mucho cariño —expresa mientras paseamos por el jardín.
- ¿Cómo es que has venido a la fiesta?
- Tú madre nos invitó. Según le dijo a mi madre, está preocupada por ti. No sientas

cabeza. Por eso me invitó.

Me quedo sin saber que decir. Mi madre siempre igual con sus tonterías.

- ¿Qué no siento cabeza? Simplemente no me quiero casar con cualquiera —digo mosqueado.
- Tranquilo. Te entiendo. Mis padres son igual. Me presionan para que me case con cualquiera y no estoy dispuesta —cuenta sonriente.
- No es fácil vivir como nosotros vivimos —expongo entristecido.
- Con lo guapo que eres me extraña que no te hayas enamorado —dice mirándome.

Pienso en Caroline y mis ojos van rápidamente a la ventana de su cuarto. Está mirándonos a través del cristal. Cosa que no pasa desapercibida para Solange. Ésta mira disimuladamente y también la ve.

- Vaya, ya entiendo —dice riendo—. ¿Ella es la mujer que amas? —pregunta.
- No sé si la ame o no. Solo sé que me tiene loco. Es verla y se me eriza la piel. Mi corazón late muy deprisa y sólo deseo abrazarla y protegerla —digo mirando aún a la ventana.
- Stéphane, eso es amor. ¿Entonces? ¿Por qué no estáis aquí juntos? —cuestiona.

Le agarro del brazo y seguimos caminando. No quiero hablar delante de su ventana y nos pueda oír.

- No puede ser amor. La conozco sólo de hace unas semanas. Aunque bueno, hemos tenido nuestra noche. Cuando estamos juntos es tan calida, dulce. Pero siento qué, después de hacer el amor se arrepiente y me rechaza. Hoy tuvimos una discusión, estoy enfadado con ella.

Le cuento la discusión que tuvimos mientras Solange me escucha atentamente.

- ¿No es duquesa, ni condesa?
- No. Mi madre cree que sí. Sólo quería que me dejara en paz, y también pasar más tiempo con ella. Conocerla mejor. Pero me ha salido el tilo por la culata. Dejémos de hablar de mí. ¿Tú qué? ¿No hay nadie?

Solange mira para varios lados y luego comienza a reír.

- Estoy enamorada de mí personal trainner. Imaginate si mis padres se enteran. ¡Un escándalo!

Ambos nos carcajearnos mientras desde lejos observo como Caroline, ha vuelto a asomarse y nos está mirando.

Caroline



Cuando Stéphane se ha marchado enfadado y me ha dejado sola me he sentido fatal. Sé que he sido algo dura con él. Pero debo hacer que no se enamore de mí. No puedo tener nada con nadie. Mi vida es demasiado complicada. Además, él es un conde. Yo no soy nada de eso. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? Estaba viendo varios mensajes que tenía de Madison y pensando en responderla cuando he oído voces. Ahí estaba él con una mujer. Muy sonrientes y pegaditos. Tan descarado que mientras hablaban me miraba. ¿Qué pretende? Encima que he venido aquí para ayudarle. Me deja sola y se va con una amiga. No pienso permitirlo. Llena de rabia, me calzo y bajo donde están ellos. No voy a permitir que juegue conmigo.

- ¡Hola! —digo poniéndome frente a ella y dándole la espalda a él.
- Hola, ¡encantada! —responde dándome dos besos —. Me llamo Solange.
- Soy Caroline —expongo sin aún mirarlo a él.
- Ella es una amiga —dice poniéndose delante de mí vista.

Sus ojos y los míos se cruzan. Tiene cara de enfadado. Sin embargo con su amiga no. A ella le rie todo.

- ¿Vas a ir mañana a la gala entonces? —pregunta Solange.
- Sí. A eso me trajo Stéphane. Aunque me deje tirada en la habitación.

Ésta sonríe y mira para él, que tiene cara de desconcierto.

- Creí que no querías estar con un tipo que tiene la vida fácil. Cómo parece que mi presencia te molesta, te hago el favor de no hacerlo —responde retándome.
- Sí, a veces tu presencia es molesta. Más que nada porque no puedo con la prepotencia —respondo chulescamente.

— ¿Prepotencia? ¿Quién es aquí prepotente? Encima que tengo el detalle de traerte aquí para que puedas conocer algo que no sea solo Londres.

Escuchar eso me llena de rabia. Me está poniendo en ridículo delante de su amiga.

— No tengo necesidad de que tú ni nadie me haga favores. Puedes meterte tu favor por donde te quepa. Me marcho a Londres de inmediato. No tengo porque aguantar tonterías —escupo pegándome a él.

— Bueno chicos. ¡Basta ya! No tenéis diez años. Por favor.

Stéphane nos mira muy enfadado.

— Desde luego no tengo porque aguantar más. Si quieres marcharte, ya sabes dónde está la puerta.

Sin más se marcha dejándome con su amiga. Me siento tan avergüenzada por lo que acaba de ocurrir que no sé como reaccionar.

— Creo que voy a hacerle caso. Me marcho —digo.

— No, espera, Caroline. Por favor —suplica su amiga.

Me sonríe y me invita a que nos alejemos de allí. Así que nos vamos dando un paseo por los grandes terrenos que tienen alrededor del castillo.

— Siento haberme puesto así. No suelo ser de esa manera. Pero no me ha gustado la actitud de Stéphane.

— No nos conocemos de nada, pero percibo amor entre ambos.

La miro rápidamente según suelta eso. ¿Amor? No. Hace apenas tres semanas que lo conozco. No estoy yo para eso.

— No. Yo no siento nada por él —me defiendo.

— Caroline, podrás decir lo que quieras. Pero no veo en vosotros otra cosa que amor.

— Si nos llevamos fatal —contesto moviendo los brazos.

— Si yo te contara lo mal que me llevaba yo con mi amor. Sin embargo, cuanto más nos peleábamos más nos deseábamos —expresa.

— ¿Novio? Pensé que te gustaba Stéphane —digo sorprendida.

— Eso es lo que le hago creer a mi familia. No pueden saber de momento que estoy enamorada de alguien que no tiene título. No es fácil la situación. Conozco a Stéphane desde que éramos niños. Aunque hace diez años que no nos veíamos, sigue siendo él. Dulce, atento, cariñoso. Un hombre íntegro que defiende lo suyo con uñas y dientes. Justo. No hace diferencia entre las personas. Cuando se enamora, se enamora de verdad. Y tú eres la mujer que le atrae y lo vuelve loco. No voy a meterme en medio de nada, pero solo digo que no pierdas la oportunidad de conocerlo por cosas que no tienen importancia ni sentido.

Alguien la llama. Andamos hasta la entrada y allí esta la madre de Stéphane con unos señores que no me quitan ojo. Nos presentan y nos saludamos cordialmente. Luego dejo que hablen entre ellos y me marchó. ¿Debería hablar con Stéphane y disculparme?

Caroline



Después de pensarlo mucho, decido hablar con él. Quizás fui muy bruta diciéndole lo que le dije. Entro en el castillo y busco en la biblioteca. Voy a la sala y me encuentro con Claudette que está hablando muy entretenida con un chico un poco más mayor que ella.

— ¡Disculpenme! ¿Habéis visto a Stéphane? —pregunto observándoles.

— Mi hermano ha subido a su habitación —responde sonriente.

— ¡Gracias! —contesto

Subo corriendo las escaleras y me paro frente a su puerta. Está entreabierta. Miro por ella y lo veo mirando por la ventana. Respiro profundamente y llamo. Stéphane mira corriendo.

— ¿Puedo entrar? Me gustaría hablar contigo —expreso algo avergonzada.

Me observa en silencio y abriendo mas la puerta me invita a entrar. Una vez dentro la cierra.

— Soy todo oídos —dice sentándose en el sofá que tiene en su habitación.

— ¡Siento mucho haberme puesto así antes! Stéphane, no estoy en mi mejor momento.

No quiero hacerte daño. Eres un hombre maravilloso. Mi vida ahora mismo está patas arriba. No sé quien soy y no quiero meterme en algo en lo que sé, que saldré dolida.

Meter mas piedras a mi mochila, solo acabará por desquebrajarme.

Me sigue observando sin decir nada. Me siento frente a él y lo miro a los ojos.

— Caroline, mi vida tampoco es facil. Siempre he hecho lo que se supone que debo

hacer. No te voy a mentir si te dijera que no he hecho mis escapadas y he disfrutado de la compañía de muchas mujeres, solo por pasar un rato. Siempre he tenido claro que debo casarme con una duquesa o condesa —expone seriamente mientras mira al suelo—. Pero eso lo pensaba hasta que te conocí a ti —Ahora me mira a los ojos. El calor se apodera de mi al escucharle decir lo que me dice. El corazón me late muy deprisa.

— Caroline. Nos conocemos desde hace que, ¿tres semanas? Pero al verte por primera vez, me enamoré de ti.

Me quedo sin aliento al oírle decir lo que me dice.

— Vale, yo soy yo, tú eres tú. Pero no puedo evitar sentir esto que estoy sintiendo por ti. Quiero conocerte. Saber todo de ti. Protegerte, cuidarte. Amarte. Hacerte feliz — continúa.

No sé que decirle. No me esperaba que me soltara todo eso así de repente. Nadie nunca me había dicho algo así.

— Stéphane, yo... No sé que decir —expreso nerviosa.

— No digas nada. Yo sé que tú no sientes lo mismo.

— Si que lo siento —le interrumpo—. Claro que lo siento, ¿tú crees que me voy acostando así de primeras con un hombre que no conozco? Yo también quisiera conocerte. Pero como te digo, no es nada fácil mi vida en estos momentos. Se supone que acabo de recuperar a un padre que no conocía. Me han venido de golpe tres hermanas donde una de ellas no le gusto, y eso que no sabe quién soy. Están a punto de echarme de la casa donde crecí. Mi vida no puede ser más caótica ahora mismo.

— Pues anda que la mía. Una madre que se cree con derecho a decidir con que mujer he de casarme. Que controla o trata de controlar cada paso que doy. Se supone que debo casarme con una mujer con título de noble. Pero me da igual todo eso porque apareciste tú. ¡Dejémonos llevar! Al menos permitámonos ser lo que nos gustaría ser este fin de semana.

Sin pensármelo más, me avalánzo sobre él y lo beso. Él me lo devuelve. Un beso dulce, suave, cálido. Stéphane me agarra de la cintura pegándome más a él. Noto su calor. Su suavidad. Desde ese momento decidimos dejarnos llevar sin pensar en nada más.



Esa noche cenamos con los invitados. Aunque su madre trata de que Stéphane solo se fije en Solange, este no le hace caso. Solange es solo una amiga que sin que nadie lo sepa, tiene un romance con alguien que como yo, no tiene un título de nobleza. Cuando todos se retiran a dormir, Stéphane llama a mi puerta y entra muy silencioso. Le pido que no se quede, ya que si su madre se entera formará una buena. No quiero que mi reputación quede entre dicho, así que aunque ambos nos quedamos con las ganas, me hace caso y se marcha a su habitación. Mientras, pienso en que hacer cuando regrese a Londres. ¿Debo darle una oportunidad a mi padre? ¿A mis hermanas? Estoy tan confundida que no sé que demonios hacer con mi vida.

Stéphane



Llegó el día de la fiesta. Caroline y yo hemos estado todo el tiempo juntos. Ahora he venido a arreglarme a mi habitación. No tengo ganas de nada de fiestas, pero no me queda más remedio. Van a estar gente importante. Hasta personas de empresas importantes europeas. Lo que daría por llevarme a Caroline lejos de aquí estar solo ella y yo. Después de arreglarme y de que mi madre esté todo el rato detrás de nosotros, algo conspira, lo sospecho. Voy a buscar a Caroline a su habitación. Cuando abre me quedo de piedra al verla. Está preciosa. Lleva un vestido verde precioso. Su hermosa cabellera rubia la lleva suelta con esos rizos preciosos que tiene. Sus ojos verdes están maquillados muy sutilmente del mismo

color que el vestido.

— ¿Te gusta? —pregunta sonriendo—. Me lo ha dejado Solange. Ella me ayudó a arreglarme, ya que no tenía nada bonito que ponerme.

— Tu eres lo bonito —respondo dándole un beso en los labios.

Bajamos a la recepción. El castillo está lleno de gente que, algunos conozco y a otros no. Mi madre corre hacia mí para que salude a unos conocidos. Al ver a Caroline se queda de piedra.

— Vaya, que guapa estás. Me gusta tu vestido —dice.

— Gracias, señora —contesta Caroline con media sonrisa.

Solange que está ya en la fiesta se marcha con Caroline a tomar unas copas mientras yo me quedo saludando a gente, que ni me va ni me viene.

Cuando nos sentamos en la cena, mi madre se ha encargado de que Caroline esté sentada lejos de mí. Entre dos pesados que no paran de babear al verla. Me pongo de mal humor al ver como la molestan, aunque Caroline no les hace ni caso.

— Bueno, tenemos el honor de tener entre nosotros a la duquesa Caroline Bridget de Londres —dice mi madre.

Todos la observan y miran con curiosidad.

— No me suena —dice Lady York—. ¿De qué casa eres? —pregunta.

— Pues de los Bridget de toda la vida. ¿Se acuerdan de los terratenientes que tienen unas grandes tierras a las afueras de Londres?

Lady York afirma con la cabeza.

— Pues mi bisabuelo fue el que lo creó todo —responde con soltura Caroline.

Trato de aguantarme la risa. No hay ningunas tierras de los Bridget a las afueras de Londres.

Pero esta gente es tan estirada que cree saber de todo y afirman siempre a todo sin tener idea de nada. Se nota que se ha preparado bien el papel.

— Vaya, pues encantada. ¡Mucho gusto que estés aquí esta noche! —expresa esta—. ¿Y qué, Stéphane y tú sois novios?

Mi madre se atraganta al escuchar eso y cambia rápidamente de tema. No quiere que nadie nos relacione. Pobre, si supiera que quiera ella o no Caroline va a ser su nuera y la madre de sus nietos.

Después de la cena, sigo sin poder acercarme a Caroline. Mi madre se encarga bien de que estemos alejados.

— Señores, señoras, acérquense, por favor —dice mi madre—. Quiero daros a todos una noticia.

A ver que noticia tiene que dar ahora. Seguro que alguna nueva fiesta. Lo que tanto le gusta a mi madre.

La familia de Solange están con ella.

— Por favor, hijo mío, ven. Acércate.

Me acerco sin entender que quiere.

— Solange, tú también.

Esta y yo nos miramos sin entender que quieren de nosotros. Miro a Caroline que está en primera fila observando. No entendemos nada.

— Como bien sabeis, todo esto va a pasar a mi querido hijo Stéphane. Desde niño le he preparado para ello, pero siempre, al lado de un gran hombre, tiene que haber una gran mujer. Por eso tenemos el honor de anunciar el próximo enlace entre Stéphane y Solange.

Me quedo perplejo. ¿Mi madre ha anunciado mi compromiso sin antes consultármelo? Solange

me mira negando con la cabeza. Caroline está boquiabierta. Todos aplauden menos nosotros tres. Entonces Solange tomando el relevo de mi madre decide armarse de valor.

— Disculpen todos, pero aquí hay un grave error. Ni Stéphane ni yo estábamos al tanto de los planes de nuestros padres. Sintiendo mucho, no va a ser posible nuestra boda ya que yo ya estoy casada.

Todos se quedan de piedra. Mi madre ni parpadea, mientras que sus padres comienzan a discutir delante de todos. Solange por su parte se marcha, mientras, aprovecho y agarrando de la mano a Caroline salimos del castillo. Con todo el revuelo que se ha montado en el castillo los guardaespaldas están distraídos, así que cojo mi coche y nos marchamos a mi apartamento de París.

— Vaya escándalo se ha montado —dice Caroline mirándome.

— Mi madre se habrá puesto como loca. Lo siento por mí hermana. Será a ella a quien le coma la cabeza. Pero era el momento ideal para salir corriendo de allí y poder estar a solas en mi casa —respondo acariciándole la cara.

— No sabía que tuvieras apartamento.

— Lo compré hace años. Nadie lo sabe. Me escapo cuando puedo. Son pocas veces, la verdad.

— ¿Tú sabías lo de Solange? Vamos, ¿que estaba casada? —pregunta.

— Me dijo que estaba enamorada de su personal trainer. Pero no que se había casado. Madre mía es que estoy alucinando. Me encanta.

Durante un rato hablamos de lo ocurrido y no podemos evitar sonreír. Sé que es muy fuerte, pero me parece muy bien que alguien por fin pueda decidir que hacer con su vida y no que te lo impongan. Me parece muy fuerte que mi madre quisiera casarme con Solange sin tan siquiera decírmelo. Esta vez se ha pasado. Estoy muy enfadado con ella.

Cuando entramos en mi apartamento, tengo una llamada de mi madre. Apago el teléfono. No quiero que me localicen. Luego Caroline y yo pasamos toda la noche juntos, como ambos deseábamos.

Caroline



Stéphane y yo pasamos la noche haciendo el amor. Me encanta estar con él. Nunca nadie me había hecho sentir lo que él. Aunque mi vida es complicada, merezco ser feliz y él me gusta muchísimo, al punto en que yo también estoy empezando a sentir cosas muy fuertes por él. Los dos estamos abrazados en la cama.

- ¡Te quiero! —dice acariciándome el hombro—. Se que es pronto decírtelo. Pero no soy una persona de callar lo que siento.
- Me parece perfecto. Yo también te quiero, Stéphane. Nunca había dicho te quiero tan rápido a nadie. Pero es que es la verdad —digo dándole un beso.
- Me gustaría que me hablaras de tus padres. De tus hermanas —dice mirándome.
- Mi madre era maravillosa. Pero se enfermó y por desgracia la perdí. Ella fue padre y madre —digo entristecida. Hablar de ella me apena mucho.
- ¿Y tu padre? —pregunta
- Mi padre es un hombre que recién descubrí. Por lo visto mi madre nunca le dejó verme. Para que el siguiera con su esposa e hijas. No parece mal hombre. Quiere recuperarme, ya que el nunca renunció a mí. Mi hermana pequeña, que tiene la misma edad que yo es simpática. Me cae bien. La mediana es amable y accesible. Pero la mayor, ella es de otro costal. Es la única de las tres que no sabe la verdad, y ya solo con crearme amiga de sus hermanas me trata raro. No quiero imaginar si se entera de

que soy su hermana.

- Lo siento mucho. Solo debes darle tiempo. En cuanto te conozca y vea lo maravillosa que eres, sé que cambiara de idea —expone sonriéndome con esa pedazo de sonrisa que tiene.

Después de dormir de maravilla. Hace mucho tiempo que no dormía así de bien, toca despertar y seguir con el día. Hoy me toca volver a Londres. Maldita las ganas.

- Antes de que se me olvide. Tengo que pagarte por el personaje que interpretaste ayer en la cena —dice Stéphane.
- No. No hace falta que me pagues —digo.
- Te hace falta el dinero para pagar tu casa —responde.
- No te preocupes. Ya buscaré la manera —digo devolviéndole el dinero. Yo solo quiero estar contigo —digo.

Stéphane me atrae hacia el y nos volvemos a besar.

- Tenemos que ir al castillo. Allí está el mini aeropuerto. Tengo que ver a mi madre.
- Uff, se va a poner buena —expreso mirándolo con pena.
- No, ella es la que lo va a lamentar. Estoy muy enfadado con ella.

En cuanto salimos de la casa y subimos en el coche, Stéphane enciende el teléfono y llama al castillo. Dice que quiere en una hora el avión listo.

- Lo apagué anoche para que no rastrearán la llamada y ubicaran mi casa.

Cuando llegamos al castillo, me pide que vaya con su hermana, mientras él, se mete en el despacho con su madre, qué nos mira con reproche cuando nos ve llegar.

- Mi madre está echa una furia —dice Claudette—. Anoche me dio la noche. Como no estaba Stéphane lo pagó conmigo. Dijo cosas horribles. Y qué decir que la familia de Solange. Ella desapareció. Nadie sabe donde está. Sus padres se marcharon muy enfadados.
- Lo siento —expreso—. Pero vuestra vida no es fácil.
- Nada fácil. La familia de Solange y mi madre discutieron. Estos le reprocharon que los invitaron solo para humillarlos públicamente. Quedaron en no verse jamás y ahora no volveré a verle —dice con lágrimas en los ojos.
- ¿A quién? —pregunto.
- A Philippe. Él y yo chateábamos a escondidas de nuestras madres. Estamos enamorados. Vale que dieciocho años. Él tiene veinte recién cumplidos. Pero nos queremos y ahora por lo ocurrido no volveré a verle.
- ¡Lo siento mucho! —digo acariciándole el pelo.
- Él vive en Londres. Si voy con mi hermano a Londres, ¿podrías ayudarnos a que nos veamos?

Sabiendo lo que me ha contado Stéphane de la vida tan difícil que lleva, y viendo que ésta siente algo por ese chico, accedo. Me gusta que la gente sea feliz.

- De acuerdo. Será nuestro secreto.

De pronto oímos discutir a Stéphane y su madre. Al que más se le escucha es a él, que abriendo la puerta me dice que nos vayamos. Le da un beso a su hermana y nos vamos al avión.

Durante todo el vuelo está muy callado. Me acerco a él y le doy un beso en su moflete haciendo que me mire y sonría.

- Mi madre se pasó mucho. Le he dicho que no pienso volver hasta que me pida perdón y acepte que no soy un niño. Soy un hombre, y de ahora en adelante haré lo que me haga feliz. Ningún título va a impedirlo.

Me gusta mucho sus palabras y dándole un beso en los labios sellamos lo que acaba de decir.

Stéphane



Me enfadé tanto cuando mi madre dijo en la fiesta que me iba a casar con Solange. No soporto que me miren como si fuera un niño que se deja controlar por su madre porque no es así. Llevo años leyendo los titulares de los periódicos, de las revistas, *Conde Stéphane Moorec, el niño de mamá.*

El conde llamado la atención por su madre.

Y un largo historial que nunca han sido reales porque siempre me he impuesto. Pero que me dejara en ridículo delante de todos anunciando un compromiso que ni me comentó. Menos mal que Solange dio la cara y confesó que está en pareja. Lo que no me llegó a decir es que se había casado ya. No sé nada de ella. La he llamado, pero su número sale apagado. Espero que en algún momento me contacte y me cuente, porque sus padres se marcharon calentitos.

Lo mejor de la noche fue poder pasarla con Caroline. Una noche donde no tuve que dar

explicaciones a nadie, solo ella y yo.

Antes de regresar a Londres, he puesto las cosas claras a mi madre. O me respeta o renuncio a mi título y nuestro apellido se va a la basura. Me dijo que lo hizo por mi bien porque me ve perdido. Le confesé que me estoy enamorando de Caroline y quiera ella o no, Caroline y yo estamos juntos. Sé que le molestó, pero me da igual. Ya va siendo hora de que acepte que nadie me va a decir con quien me debo casar o amar. Así qué le dije que hasta que no me pida disculpas, no volveré a casa.

— Ahora que estamos en Londres, quédate en casa —dice Caroline.

— No —respondo dándole un beso.

— ¿Por qué? —pregunta alzando una ceja.

— Cariño, no es porque no desee estar todo el tiempo pegado a ti, si no porque ahora que ha pasado todo esto, se va a formar un revuelo, y no quiero que la prensa te acose, que es lo que haría si supiera que estamos juntos, ¿Por qué estamos juntos, no? —cuestiono.

Caroline se levanta y se sienta en mis piernas.

— Estamos juntos —contesta—. Quiero atreverme. No quiero seguir preguntándome que pasaría sí. Me estoy enamorando de ti. Siento por ti cosas que jamás creí que sentiría.

Después de besarnos apasionadamente y de acariciarnos y mirarnos llenos de amor, decido irme para instalarme en un hotel.

— Te llamo después. Miramos la manera de que nos veamos sin levantar sospecha, ¿te parece?

— Okey —responde—. Ahora debo ir al banco a rogar que me hagan un préstamo.

Alguien llama a la puerta de Caroline. Cuando abre, aparece una señora que la abraza y con ella va un hombre que le da un beso y la abraza.

— Hola, preciosa. Dejaron este paquete para ti —dice la mujer.

— Ah, sí, un pedido que hice de unos libros. No me acordaba ¡Gracias!

La señora me mira y sonríe.

— Te presento a un amigo. Él es Stéphane.

La señora me da dos besos y me observa.

— ¡Encantada! Hija, que guapo es tú amigo.

— Mamá, por favor. Un poco de vergüenza —dice el hombre que va con ella.

— Stéphane, él es Roger. Un amigo.

— Su ex —responde haciendo que Caroline se quede cortada.

El tipo me observa con recelo. No me había dicho nada de él. Pero confío en Caroline. No tiene pinta de que ella le haga mucho caso, y menos por como lo está mirando.

— ¡Mucho gusto, Roger! Me tengo que marchar. Ya nos veremos por aquí —expreso mirándolos a ambos.

Luego haciendo a un lado a Caroline, le doy un pequeño beso en la mejilla, ya que nos están mirando.

— Luego nos vemos.

Lo primero que hago en cuanto salgo de su casa es llamar al dueño del piso. Después de una larga conversación, quedamos en que le pagaré un buen dinero a cambio de que el piso pase a nombre de Caroline, claro, sin que sepa que ha sido cosa mía.

Caroline



Cuando me quedo sola con Roger le llamo la atención por lo que ha dicho cuando le he presentado a Stéphane, ¿a que demonios viene esa reacción?

- ¿Por qué le has dicho eso a Stéphane? —pregunto seriamente.
- ¿Qué cosa? —dice haciéndose el que no sabe nada.
- No te hagas el tonto conmigo, Roger. Sabes perfectamente a que me refiero. ¿Por qué le has dicho a Stéphane que eres mi ex? —digo molesta.
- ¿Acaso no es verdad? ¿Cómo me ibas a presentar sino?

- Pues no, no es verdad. Tú eres un amigo que bueno, sí, tuvimos un rollo, pero de ahí a ser algo serio. Te hubiera presentado como un buen amigo.
- ¿Eso soy para ti? ¿Solo un rollo? Sabes que fuimos más que eso.
- Quizás creí amarte en algún momento, pero tu te lo cargaste. ¿No hace falta que te lo recuerde, no? Ahora sé que es amar de verdad —escupo.

Roger me mira molesto. Sí, sé que quizás me he pasado, pero en su momento me dolió lo que nos ocurrió. Y ahora que conozco a Stéphane, ahora siento algo que jamás había sentido. Es muy fuerte. Un sentimiento enorme. Y sé que es algo que nunca sentí por Roger. Ultimamente lo veo muy chulo y no me gusta como se está comportando.

- Sé perfectamente como me comporté. Cada día de mi vida me arrepentiré. No hace falta que me machaques con ello. ¿Ese Stéphane es tu novio?
- Nos estamos conociendo —respondo.
- ¿Le quieres? —pregunta.

Sus preguntas me hacen sentir incomoda. Pero jamás he sido una persona de callarme nada.

- Estoy sintiendo cosas por él. Dejemos de hablar del tema, por favor.
- ¿Pero desde cuando os conocéis? No puede ser.
- Roger, el amor a primera vista existe. No tengo porque darte explicaciones. Que manía tiene la gente con juzgar lo que nunca han sentido. Que no te haya pasado a ti, no significa que una persona no se pueda enamorar de otra nada más verlo. La conversación acaba aquí, ¿está claro? —corto de una vez.

Roger asiente en silencio. Luego se dirige a la puerta.

— Lo siento. Si en algún momento quieres hablar con tu amigo, ya sabes donde vivo. Luego se marcha. Roger siempre ha sido muy bueno. Comprendo que se sienta amenazado por Stéphane. Nunca me había visto con ningún hombre a excepción de él. Sé que puede estar molesto, pero hasta que no se le pase, no pienso hablar con él.



Cuando voy a hablar con el dueño del piso me quedo un poco pasmada. Me dice que todo está solucionado. No entiendo, hace dos días me amenazó con echarme de casa si no pagaba, ahora resulta que ya está todo listo. No entiendo nada de nada. ¿Habrá sido Satiné? La llamo pero lo tiene apagado, debe estar trabajando. Pero mi amiga aunque tiene un poco mas de dinero que yo, no tiene como para pagarme el alquiler, además, ¿Cómo lo sabría ella? Entonces me viene a la mente Callum, mi padre. Durante el fin de semana, he tenido llamadas de él y de Madison, no les respondí a ninguno de ellos, ¿sería para decirme algo de eso? Decido llamarlo, quiero que me lo aclare. Al escucharme, parece ponerse de buen humor. Quedamos en una cafetería cerca de su casa. En media hora llego a la cafetería. Entro y me pido un capuccino, mi favorito. Luego me siento a esperarlo. No tarda en llegar.

- Hola, hija mía —dice dándome un beso.
- Hola, Callum —respondo.
- ¿Hasta cuando me vas a llamar así? Soy tú padre.
- Dame tiempo, por favor.

Remuevo el café nerviosa. No voy a negar que me siento contenta cuando lo veo. Es mi padre, lo que siempre soñé cuando era niña. Mi madre fue una gran madre, pero no voy a negar que

siempre extrañé a un padre. Ahora lo tengo, pero me da vertigo lanzarme y que luego no tenga un sostén y me estrelle. No podría soportarlo.

- ¿Por qué no respondiste mis llamadas? Tu hermana también te llamó.
- He estado disfrutando unos días. Necesitaba pensar. La última vez que vi a tus hijas me sentí fuera de lugar. Quizás si la relación fuera entre tú y yo y no entre tus hijas — expongo entristecida.

Un sentimiento entra en mi interior cuando digo eso. Tengo hermanas, algo que siempre quise. Soñé. Pero ahora que somos adultas, y aunque me duela, entiendo que no me acepten.

- Son tus hermanas, querida.
- Pero no me quieren. Es normal, no me conocen. Pero si Margaret me desprecia y ni tan siquiera sabe quien soy de verdad. Me mira como un insecto. No sé.

En ese momento, la puerta de la cafetería se abre y aparece William, el esposo de Margaret.

- Callum, ¿Qué haces aquí? —pregunta mirándome sin entender—. No me digas que a tu edad —expresa mosqueado.
- Alto, William. Ni se te ocurra decir nada. Si crees que ella es una amante para enseguida.
- A ver, no soy de pensar así, pero te veo con ella cuchicheando y siempre que os veo, estáis murmurando. Muy juntos.

Callum da un golpe en la mesa. No me da tiempo a decir nada. Porque ya estaba lista para lanzarme a la yugular de William.

- Basta. Ella es —continúa Callum.
- No, por favor —digo nerviosa.
- Lo siento, pero debe saberlo. No es plan de que mi yerno crea que tengo una aventura y menos aun cuando eres mi hija.

William parpadea rápidamente. Nos mira a ambos sin dar credito a lo que éste acaba de confesar.

- Te lo voy a contar todo.

Y así lo hace. Después de un rato en la que Callum cuenta todo detalladamente, William no dice nada hasta que por fin reacciona.

- ¿Desde cuando lo sabes? —pregunta.
- Que tengo otra hija lo sé desde siempre. Que es ella, tan solo un mes —responde.

Yo me mantengo en silencio. No sé que decir. Siento qué todo esto me sobrepasa.

- Y cómo imagino, porque sinó, no sé que pasaría, Margaret no sabe nada.
- No, aun no le he dicho nada. Primero quiero prepararla. Sobra decirte que no le digas nada.

William lo mira serio.

- Sabes que no me gusta mentirla, pero no, no voy a decirle nada. Por tu bien, hazlo pronto. Ya sabes como es —dice por fin sonriendo.
- ¿Pero cómo es? —pregunto por fin rompiendo el hielo—. ¿Por qué me rechazaría si no me conoce?

William me mira.

- Mi mujer es muy buena persona. Tiene un gran corazón, pero tiene mucho, muchísimo carácter. Yo tambien, pero ella me gana. Que te diga tú padre como fue el inicio de nuestra relación —cuenta riendo—. Ella confió mucho en alguien que se llegó a convertir en su hermana, luego ésta nos traicionó y nos rompió el corazón a ambos. Esa mujer fue mi hermana. Desde ese momento, Margaret juró que jamás daría su confianza así de fácil a nadie. Solo decidle la verdad. Cuando de verdad te

conozca, tendrás en ella alguien incondicional, pero si ve que eres mala, o algo que haga dañar a su familia, entonces sacará las garras.

— No te preocupes, pronto hablaré con ella. No te asustes por tu hermana. Ella te va a adorar.

— Margaret es buena mujer. No tengas temor —dice William levantándose.

— Hombre, no tengo miedo porque no temo a nadie. Mi madre me enseñó bien. Además de que no le he hecho nada malo a nadie. Si no me acepta, lo sentiré mucho, pero creo que no deba demostrarle nada a nadie. Ni tampoco arrastrarme para que me quiera — contesto ya cansada.

Margaret es mi hermana, pero algo que me enseñó mi madre es a no mendigar. Ni tampoco arrastrarme para que otros me acepten. Amo ser como soy. No hago daño a nadie. Si Margaret quiere conocerme, maravilloso, pero, si de lo contrario no, no voy a ponerme de felpudo. Ella no vale más que yo.

— Desde luego sois hermanas. Teneis garras las dos —dice William—. Me tengo que ir. Solo bajé a por un café. No voy a decir nada. Pero háganlo pronto. Cuando salga la verdad me haré el tonto. Lo último que quiero son problemas con ella. ¡Bienvenida a la familia, cuñadita! —dice dándome un abrazo.

Luego se despide de Callum y se marcha. Al poco tiempo tambien me marchó yo, Callum no tiene nada que ver tampoco con lo de la casa. Tengo que hablar con Satiné.

— Si necesitas dinero pídemelo —dice.

— No. No pido dinero a nadie. Me busco un trabajo nuevo, pero no te voy a pedir dinero. No quiero eso de ti, padre —digo en voz alta.

— ¿Me has llamado padre? —pregunta sonriente.

— Me ha salido.

Me da un abrazo y luego me besa en la mejilla. Luego me marchó mas tranquila. Quiero tener relación con mi padre, creo que ambos lo merecemos.

Margaret



El detective acaba de llamarme, viene para la oficina. A ver que a averiguado de Caroline y mi padre. Madison no ha querido decírmelo y como no, he tenido que averiguarlo por mi parte.

— Hola —dice abriéndose la puerta de mi despacho.

— Hola corazón de mi corazón —respondo a William.

Me abraza y me da un beso. Como amo a este hombre. Después de todo lo que vivimos, cada segundo de cada día me enamoro más y más de él. William y nuestro pequeño son mi vida entera.

— ¿Cómo llevas la fiesta anual de la empresa? —pregunta dándome un café.

— Bien. Tengo casi todo listo. Solo tengo que enviar la lista de los invitados, mi secretaria lo tiene en su mesa.

Como cada año. Nuestra empresa hace una fiesta celebrando los años de la empresa. En una semana será la fiesta ya lo tengo todo listo. Llevo meses preparándola. Como es normal, toda nuestra familia viene. Madison y Charles. Isla y Fred. Papá y mamá. Y claro, William y yo. Luego vienen personas muy importantes de la industria, cargos y gente con títulos. Esta empresa cada día es mas y mas grande y todo gracias a la ayuda que tengo de William que desde Dublin tenemos grandes clientes y socios. Es de las mas importantes de todo Reino Unido. Todo el mundo quiere estar en la fiesta. Y esta va a ser grande.

— ¿Al final os vais las tres a descansar estos días? Las vacaciones de hermanas que os tomáis desde hace dos años.

Como Madison vive en Nueva York e Isla está por mudarse a Suiza por trabajo de Fred. Decidimos que todos los años por esta época nos vamos a tomar unos cinco o seis días para estar las tres solas. Disfrutando como hermanas. Sin maridos, ni niños. Fue un pacto de hermanas y lo estamos cumpliendo aunque ahora, ando mosqueada con Madison.

— ¿Cuándo no estas tú mosqueada con Madison? —pregunta William como si me pudiera leer la mente.

— Ya lo sé. Pero no me gusta que me oculten cosas. Y ella y mi padre ocultan algo.

William me abraza y mirándome a los ojos me dice.

— Corazón de mi corazón, deja de mosquearte por todo. Quizás no ocultan nada. Solo te estan preparando una sorpresa. O algun secretito entre padre e hija. Relájate, de

verdad. No todo el mundo quiere hacernos daño.

Después de besarnos y costar despegarnos William vuelve al trabajo. Tal vez tenga razón. Pero no sé. Algo me dice que me ocultan algo y no me gusta.

— Hermana —dice de pronto Madison abriendo la puerta del despacho.

— No te puedo atender. Tengo mucho trabajo.

— Vale, sí. Ya sé que cuando no quieres ver a alguien dice eso. ¿Aun enfadada conmigo? Margaret, eres mi hermana, te quiero mucho. Por favor confía en mí. Ya no soy esa niña irresponsable, por favor.

La observo. Tiene razón. Mi hermana pequeña ya es toda una mujer. Casada y madre. No sé porque sigo siendo así.

— Tienes razón. Perdoname —digo abrazándola—. ¿Todo listo para el viaje?

— Sí. Vengo de hablar con Isla. Ella me ha dicho que por su parte no tiene problema. Ahora te lo pregunto a ti —dice mirándome con carita de inocente.

Cuando me mira así, sé que me va a pedir algo. Es que hace eso desde niñas.

— A ver, dime. ¿Qué quieres? —pregunto mirándola de reojo.

— Verás, sé que es un viaje solo de hermanas. Pero me gustaría traer a alguien que recientemente se quedó sin madre. Está sola. No tiene a nadie. Me gustaría poder darle mi apoyo y animarla. Tú siempre fuiste así. Pero desde que Bethany os hizo eso a William y a ti cambiaste.

— Sabes que ese nombre está prohibido aquí. ¿A quién quieres que llevemos al viaje de hermanas?

— A Caroline.

Miro rápidamente para ella. Guiño los ojos molesta.

— No. Ni hablar. No quiero a esa extraña en nuestro viaje familiar. ¿Qué pinta ella ahí?

— ¿Pero que te ha hecho ella? No la conoces. ¿Por qué te cae tan mal?

— Madison no. No tengo mas que decir —digo yendo hacia la puerta e invitándola a marcharse.

Esta se marcha molesta. Muy molesta. Pero más lo estoy yo. ¿Qué les ocurre a todos con esta mujer?

Mi secretaria me informa de que preguntan por mí. Debe ser la persona que contraté. Le hago pasar de inmediato.

— ¿Tienes algo? —pregunto observándolo.

Es un buen detective. Siempre nos consigue averiguar cosas importantes para la empresa.

— Señora, lo que he averiguado no le va a gustar —dice.

Me tiende un sobre cerrado. Lo observo. Le doy otro sobre con dinero y se marcha.

Durante un rato pienso en si he de abrirlo o no. Respiro profundamente. Sé como es mi carácter y voy a entrar en colera. Cogiendo el sobre rompo la solapa. Vuelvo a respirar y saco lo que hay dentro. Cuando lo veo me pongo furiosa. El corazón me late a mil por hora.

Unas fotos dónde esa mujer está sentada con mi padre. Hablan susurrando. Mi padre le agarra de la mano. Luego veo a mi marido con ellos. William la abraza y luego es mi padre el que la abraza y le da un beso en la mejilla. Por mi mente me vienen mil pensamientos. Ardo de furia.

De rabia. Pero respiro. William me adora. ¿Pero si me adora, que demonios hace abrazando a esa mujer? ¿Por qué mi padre la acaricia? Estoy hecha una maldita furia. Dentro del sobre hay una dirección. La de ella. Sin decir nada más, agarro mi bolso y me dirijo a su casa. Esta mujercita me va a explicar que se trae con mi familia o la saco los ojos. A mi nadie más me vuelve a traicionar, eso lo juro.



Estoy tan furiosa que decidí venir andando. Por mi cabeza han pasado miles de imágenes. Esa tipa con mi padre, con William y Madison. Con razón William defendía a estos. Que estan ocultándome. Odio que me mientan. Es algo que nunca he llevado bien, menos aún la gente que quiero. Entro en el portal. He aprovechado a que un hombre a entrado para subir. Llamo a la puerta, no me abre. El hombre que subio conmigo, está en la puerta de enfrente.

— Disculpe, ¿busca a Caroline? —pregunta mirándome.

— Sí. Pero no debe estar —digo.

— Es amiga mía. No está en este momento, pero no creo que tarde. ¿Quiere esperarla en mi casa?

Lo observo y pienso en decirle que no. Pero lo razono mejor.

— Sí no es molestia —respondo.

— No, por favor pase.

Entro en la casa y me ofrece beber un café. Luego se sienta conmigo. Le pregunto por Caroline. Quiero saber cosas de esa mujer, y este me va a venir muy bien.

Caroline



Después de que Satiné me dijera y me jurara que ella no tenía nada que ver con lo de mi casa, decido irme. No me queda duda que viene por parte de Stéphane, cuando le vea me va a escuchar. Subo la escaleras y entro en casa. Quiero darme un baño y descansar. Anoche no dormí mucho. Estar con Stéphane en su casa es lo que tiene. Antes de que pueda cambiarme llaman a la puerta. Me quedo un poco extrañada, ya que Stéphane aun no me ha llamado. No creo que sea él. Cuando abro me quedo helada.

— ¿Margaret? ¿Qué haces aquí? —pregunto.

— ¿Puedo pasar?

— Claro. Entra.

Margaret entra y la invito a sentarse. Le ofrezco algo de beber, me dice que no.

— ¿Qué quieres? Sé que no te caigo bien. Aunque no lo entiendo. Pero bueno.

Esta me mira y sonríe.

— Si estoy aquí es para decirte que siento mucho haberte tratado tan mal. He sido una auténtica idiota. No suelo ser así. Pero la vida me ha hecho ser desconfiada. Pero me queda claro que no eres mala persona. Me gustaría que me perdonaras.

La observo. Es mi hermana mayor. Me está pidiendo disculpas.

— No tengo nada que perdonarte. ¿Comenzamos de cero? —expongo yo tendiéndole la mano.

— Por supuesto —dice dándomela—. Mira, mis hermanas y yo vamos a hacer un viaje las tres juntas. Nos vamos pasado mañana. Serán cinco días. ¿Te gustaría venir?

Madison me ha hablado tan bien de ti.

¿Mi hermana quiere que vaya con ellas de viaje? ¿Pero ya le han dicho algo? No creo. Si así hubiera sido, ella me hubiera dicho. El caso es que quieren que me vaya con ellas.

— Si no es molestia. No quiero ser un incordio —digo moviendo los hombros.

— No lo eres. Solo quiero que veas que no soy tan mala como te he parecido.

Luego de hablar un poco del viaje, esta se marcha. Me ha dicho que me enviara toda la información por mensaje. El miercoles hemos quedado en el aeropuerto. Seguidamente mando un mensaje a Madison que me dice que no sabía nada.

— ¿Ves? Te dije que va de dura pero luego es un amor. La mejor de las tres. Te lo prometo.

Cuando me llama Stéphane estoy muy emocionada. Tanto que le invito a cenar a casa. No es que sea una experta cocinera. Más bien lo contrario, por ello, después de tratar de hacer un pollo al horno, decido pedirlo en un sitio donde a mi madre le encantaba. Dejo la mesa preciosa. Pongo música bajita. Suena el timbre. Cuando abro, Stéphane aparece ante mí con un ramo de rosas rojas. Está guapísimo.

— ¡Buenas noches, preciosa! —dice mirándome de arriba abajo.

— Hola, precioso —respondo moviendo las pestañas haciéndole reír.

Nos damos un beso y entra en el interior.

— Que bonita mesa. ¿Qué has preparado que huele tan bien?

— Si te soy sincera, es comprado. No se me dá muy bien cocinar.

Stéphane se rie y me acerca a él.

— Hueles tan bien —expresa poniendo sus labios en los míos.

— Tú también hueles muy bien y ¡estás tan guapo!

Nos sentamos a cenar mientras hablamos de cuando eramos niños. De las travesuras que hacíamos.

— Oye, ¿ese hombre que estaba aquí esta mañana fue tu novio? —pregunta con curiosidad.

— Tuvimos algo. No te voy a negar que hubo un tiempo que sentí algo por él. Pero nada en comparación por lo que estoy sintiendo por ti cada día.

Stéphane sonrie complaciente. Continuo hablando.

— Él se cargó la relación que teníamos liandose con otra. Pero quedamos como amigos. No sé porque se comporta así ahora. Pero te aseguro que no hay nada.

— No te preocupes. Estará celoso.

— Stéphane, ¿tienes algo que ver en que hoy mi casero me dijera que no tengo ya ninguna deuda? —pregunto mirándole fijamente a los ojos.

Stéphane mira a otro lado.

— Amor, te dije que no hicieras nada. No me gusta depender de nadie.

— Cariño, tengo mucho dinero. Dejame ayudarte —dice mirándome ahora a mí.

— Hagamos algo. Es un préstamo. Te lo devolveré —digo extendiendo la mano.

— No me gusta hablar de dinero —responde.

— Stéphane, por favor...

Agarra y mano y luego me besa en ella.

— De acuerdo. Ahora, cambiemos el tema.

— Hoy vino mi hermana mayor. Me ha invitado a irme con ellas de viaje —cuento feliz.

— ¿Ya sabes que eres su hermana? —pregunta sonriente.

- No. Me hubiera dicho algo. Pero me ha pedido disculpas por ser tan grosera conmigo este tiempo atrás —digo bebiendo vino.
- ¿Quiénes son ellas? ¿Y tú padre? ¿No me lo vas a decir? —pregunta poniendo cara de pena.
- Te prometo, que en cuanto ella se entere, te lo diré de inmediato. Pero prefiero primero que mi padre hable con ella. Me entiendes ¿verdad?
- Claro que sí —dice levantándose y acercándose a mi para besarme.

El resto de la noche, lo pasamos entre besos, caricias y mucho amor.

Por la mañana, Stéphane se ha levantado y está preparando el desayuno.

- ¿Quién te dio permiso para salir de la cama? —pregunto posicionándome detrás de él.
- Tenía ganas de prepararte el desayuno. Espero que te guste —responde dándose la vuelta y besándome.
- Huele muy bien.
- Espero que sepa bien —expresa riéndose.

Durante un rato hablamos de tonterías mientras desayunamos. Un fuerte escándalo nos saca de ese estado. Me asomo a la ventana. Habrá habido un accidente. Cuando lo hago, veo a un montón de gente apelotonada en la puerta de mi casa.

- ¿Qué ocurre? —pregunta Stéphane asomándose por la ventana —. ¡Maldita sea! ¿Cómo se han enterado de que estoy aquí? No lo entiendo.
- ¿Es la prensa? —pregunto sin entender nada.
- Sí. Pero si he sido cuidadoso. Esto es lo último que quería. Que te acosaran. Lo siento, Caroline —dice vistiéndose.

Me aparto de la ventana para que no me vean. Jamás había visto algo así. Por la tv, claro. Pero que lo viviera alguien de mi alrededor no. Un montón de personas están esperando a que Stéphane salga. Hay fotógrafos a mogollón.

- No quiero que te molesten, trataré de distraerlos. Te llamo después.
- Mañana me voy con mis hermanas, pero a la vuelta te llamo. ¡Lo siento de verdad! No quería que te fueras así. Con lo bien que lo estábamos pasando.
- No es tu culpa —dice dándome un beso —. En cuanto regreses, llámame. Te voy a echar de menos.

Nos damos un beso y Stéphane, asomándose por la mirilla, sale de casa. Me posiciono detrás de la ventana y lo veo salir. Todos lo fotografían y le hacen preguntas. Varios periodistas miran a las ventanas. No me asomo. No quiero que me vean, no quiero que sepan como soy. Al menos, no de momento. Stéphane y yo nos estamos conociendo y hasta que no se formalice lo nuestro no quiero que me conozcan. Tengo tantos fuertes abiertos. Ahora voy a hacer que mis hermanas me conozcan de verdad. No voy a arrastrarme porque no es mi estilo. Solo voy a ser yo misma. Según vea como se acontece todo estos días, entonces, solo entonces tomaré una decisión con respecto a mi familia.

Madison



La verdad que me ha sorprendido muchísimo cuando me envió un mensaje Caroline para decirme que Margaret había ido a pedirle disculpas y la había invitado a nuestro viaje de hermanas. Le pregunté a mí padre si le había dicho algo y me dijo que aun no. Quiere decirse el día de la fiesta de la empresa. Así qué me parece fantastico que la vaya conociendo estos días. Nos vamos a ir a Italia. Para ser exactos a la costa Amalfi. Dean y Lía tienen una casita a pie de playa y me la han dejado. Vamos a disfrutar de lo lindo. He quedado con Caroline para comprar algunas cosas. Al principio me dijo que no, pero la convencí.

- Hola —dice al verme entrar en la tienda donde hemos quedado.
- Hola, hermana —respondo dándole un abrazo.
- No creo que pueda ir con vosotras al viaje —suelta mirándome.
- ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?
- Madison, no tengo dinero como vosotras. Perdí el trabajo que tenía. Mis clases de actuación las tengo pagadas porque lo pude hacer en su momento. Pensé que el viaje iba a ser aquí en el Reino Unido, pero a Italia. Sí nunca he viajado a la playa precisamente por eso.
- Caroline, no te preocupes por eso. Nosotras nos encargamos —digo cogiéndole de las manos.
- No puedo permitir que me lo paguéis. Madison, mi madre me enseñó a ganarme las cosas por mí misma. No pido dinero a nadie. Y menos aun a la familia que recientemente acabo de descubrir que tengo. ¿Qué van a pensar de mí? Además, no me gusta dar pena.
- Eres nuestra hermana. Tenemos dinero. Tu eres la que ha crecido sin algo que te pertenece al igual que al resto. Por favor, no seas terca. Tienes la oportunidad de que Margaret y las demás te conozcamos de verdad. Somos tus hermanas.
- ¿Por qué eres tan buena conmigo sino me conoces?
- Porque algo me dice que eres una buena persona. No tienes la culpa de lo que

nuestros padres hicieran. Somos víctimas. Sobre todo tú. Papá me ha dado esto para ti.

Caroline lo abre y lo mira sin entender nada.

— ¿Qué es esto? —pregunta aun mirándolo.

— Es el número de cuenta bancaria que te abrió siendo tú una niña. Me dijo que cuando tu madre dejó de aceptar su dinero, te la abrió. Siempre supo que te iba a encontrar y te daría lo que te corresponde.

Caroline se emociona al escuchar mis palabras. Tiene una cuenta con mucho dinero.

— No sé que decir —expresa con lágrimas en los ojos.

— Solo acéptalo y disfruta de tu familia.

El resto del día aprovechamos para que se compre cositas. Ropa, trajes de baño. Sin que se entere, encargo una pulsera que tenemos nosotras tres. Está grabada y pone *hermanas Jones*. Y ella es otra más.

Me pide que le deje en su casa. Cuando llegamos con el coche, está la puerta llena de paparazzis.

— ¿Quién es toda esa gente? —pregunto sin entender —. ¿Tienes a alguien famoso viviendo en el edificio?

— Me esperan a mí —dice tímidamente.

— ¿Cómo? —cuestiono mirándola con los ojos muy abiertos.

— Verás, no se lo digas a nadie, por favor. Aun es pronto. Pero estoy empezando algo con alguien importante y bueno, la prensa se ha enterado. Esta mañana pude salir tranquilamente sin que me reconociesen. Pero ahora no sé cómo entrar.

— Toma, ponte la gorra, hazte la que no sabe nada. Yo improviso.

Cuando Caroline se aproxima al portal, la prensa la mira y yo rápidamente voy hacia ellos y empiezo a decir tonterías sin sentido.

— Vaya, ya me estáis siguiendo. Si, soy yo Mildred White. Cómo sois los de la prensa.

A ver, ¿me podeis decir como me habeis reconocido?

Los de la prensa me miran todos. Los fotografos también. Todos me miran sin entender.

Mientras, Caroline entra sin que la molesten. Me doy la vuelta, entro en el coche y arranco riendome del teatrillo que acabo de montar.

Caroline



Estoy aún un poco emocionada porque Madison me muestra apoyo y respeto. He de reconocer que desde el principio he ido con pies de plomo por lo que pudiera ocurrir. He estado a la defensiva y no me he permitido disfrutar del proceso de asimilar que tengo un padre y unas hermanas. Ahora es cuando siento que me estoy relajando. Al igual que con Stéphane. No he estado tampoco relajada hasta que me he permitido probar suerte. He estado siempre a la defensiva. No me ha quedado otra que luchar por mis derechos y defender con uñas y dientes a mi madre.

Mi padre me abrió una cuenta bancaria siendo una niña. Y tengo mucho, muchísimo dinero depositado en ella. No sabía si usarla o no, pero he pensado que tengo los mismos derechos que mis hermanas. Ya está bien de una vida de carencias. Me lo merezco.

Por otra parte, menos mal que Madison distrajo a la prensa. No sé cómo voy a hacer mañana para salir de casa. Mientras preparo la maleta, pongo un poco de música. Estoy algo nerviosa por estos días con mis hermanas, pero no tengo nada que demostrar a nadie, así que me relajo y sigo con lo mío.

Llaman a la puerta y bajo la música. No creo que la prensa haya adivinado donde vivo. Tampoco creo que sea Stéphane, tal como esta la cosa, no creo que quiera venir a casa. Miro por la mirilla y veo que es Roger.

— Hola —dice avergonzado.

— ¿Qué ocurre?

— Me siento fatal por haberme puesto así contigo. Eres libre de estar con quien quieras. Eres mi amiga ante todo y no quiero verte enfadada —expone.

Le invito a que pase.

— ¿Quieres beber algo?

— ¿Me das un café?

Mientras lo preparo se sienta en la silla de la cocina.

— Vaya revuelo se ha formado ahí abajo —dice.

— Sí, pero no sé como demonios se han enterado.

— ¿Tu novio es famoso?

Le pongo el café en la mesa.

— Es un conde francés. Se supone que nadie debía saber que estamos conociendonos. Es pronto.

— ¿Estás enamorada de él? —pregunta—. Te lo digo en plan amigo. No te lo tomes a mal.

— Sí —respondo—. Me estoy enamorando de él. Pero es complicado. Su madre no va a aceptarme. Ahora mismo todo en mi vida es complicado. Por favor, eres mi amigo. No le cuentes nada de esto a nadie hasta que llegue el momento.

— Claro que no. Puedes confiar en mí, Caroline. Siempre haré cosas buenas por ti. Te quiero y eres muy importante en mi vida. Jamás permitiría que nadie te dañara.

Después de tomarse el café y de qué todo quede claro entre nosotros, se marcha.

Me suena el telefono, tengo un mensaje de Stéphane.

— **Amor, no puedo ir hoy. Con las ganas que tengo de verte y abrazarte y besarte. He podido distraer a la prensa. He dicho que te he contratado para algo de trabajo. Que se han equivocado. No tengo novia. Espero que no te molesten más.**

Cuando leo que ha dicho que no soy nada suyo, me escuece un poco. Sé porque lo ha hecho, pero no puedo evitar que me moleste.

— **Ahora que lo dices, no oigo escandalo ya.**

Me asomo a la ventana y veo que ya no hay nadie debajo. Respiro tranquila. Se han marchado.

— **Ya no hay nadie —continúo diciendo.**

— **¡Te voy a extrañar mucho!**

— **Y yo a ti.**

— **Al día siguiente de tu vuelta, tengo una invitación a una fiesta. Aunque sé como está la prensa detrás de mí, me gustaría que vinieras como mi acompañante. Ya veremos como nos lo montamos para que no molesten.**

— **Vale. Hablamos a mi regreso. Gracias por cuidarme.**

— **Pásalo bien con tus hermanas. Sé tú misma. ¡Te quiero!**

Me voy a dormir contenta. Parece que las cosas se están encaminando por fin.



Estoy lista desde las seis de la mañana que me desperté. Madison viene a por mí a las diez. Estoy sentada desde entonces en el sillón tratando de leer algo. Pero estoy nerviosa. Voy a volver a subir en avión. La primera fue con Stéphane la semana pasada. Quiero mostrarme tranquila y no como una imbécil que no ha viajado en su vida. Ellas tienen tanto vivido y yo son embargo no he hecho nada de lo que ellas han hecho. Soy como la paleta. ¿Pero que demonios estás hablando Caroline Bridget? Me regaño. Soy una mujer que ha estudiado. Me he preparado, siempre he sacado buenas calificaciones. Soy culta e inteligente. Mientras estudiaba trabajaba para ayudar a mi madre. Tengo un gran corazón, y mucha personalidad. Siempre he sido muy segura de mí misma. ¿Cómo porque tengo que sentirme a estas alturas menos que ellas? Ellas lo único que han tenido desde siempre que yo no, ha sido el dinero. Por lo demás somos iguales.

Suena el timbre, Madison ya está abajo. Bajo con mi maleta y mi corazón lleno de ilusión.

— ¿Ya no hay prensa? Vaya, tenía otro show preparado —dice abriendo el maletero del coche.

Me subo al lado de ella y arrancamos.

— ¿Y Margaret e Isla? —pregunto.

— Tenían que acabar algo de sus respectivos trabajos. Nos vemos en el aeropuerto.

Enseguida llegamos al aeropuerto. De mí casa a él, hay poca distancia. En cuanto entramos, facturamos y nos vamos a la puerta de embarque. A los diez minutos se nos unen Isla y Margaret.

— Hola —dicen al unísono.

Ambas me dan un beso. Margaret está muy guapa Viene con una pamelita negra puesta y poco maquillaje. Es muy guapa. Bueno las tres lo son.

— Que guapa sois las tres —digo mirándolas.

— Tú también lo eres. Tienes unos ojos verdes preciosos. Que envidia —dice Madison —. Los míos son marrones.

— Y los míos —dice Isla.

— Que curioso, Isla y Margaret pelirrojas. Caroline y yo rubias. Isla y yo tenemos los ojos marrones y Margaret y Caroline verdes. Además que los tenéis de la misma tonalidad.

— No me había fijado —respondo.

— ¡Que cosas! Ni que fuéramos hermanas —dice de pronto Margaret.

Isla, Madison y yo nos miramos fijamente. Margaret nos observa.

— Era una broma. Además, no tendría nada de malo. ¿Os imagináis? Una hermana a estas alturas del partido. Como es familia que descubrió hace poco que tenían una hermana creo que era.

Nos llaman para embarcar. Entramos en el avión y Madison se sienta conmigo mientras que Isla

y Margaret se sientan juntas. Saco de mi bolso un libro para leer. Antes de apagar el teléfono, envío un mensaje a Stéphane.

— Ya en el avión. Te veo en cuatro días. Cuídate. ¡Te quiero!

Stéphane



Voy a extrañar mucho a Caroline. Siento que ya no puedo estar sin ella ni un segundo. Me ha costado muchísimo no verla anoche. Pero era mejor distraer a la prensa. No quiero que la estén molestando. Ella no está acostumbrada a esto. Prefiero que se vaya acostumbrando poco a poco. Recibo una llamada de mi madre. Quiere que hablemos. Por ello, ella misma se va a presentar en Londres. Quien lo diría. Mi madre trasladándose a Reino Unido para hablarme. Por fin va comprendiendo que a mi no se me domina.

Uno de mis hombres me avisa de que ella y mi hermana acaban de llegar. Nos reunimos en la

suite que les han reservado a ambas.

- Hermanito —dice Claudette al verme.
- Hola, preciosa —respondo abrazándola.
- Por favor, Claudette, vete a tu cuarto. Tengo que hablar con Stéphane de cosas de adultos.
- Mamá, soy una mujer, Tengo dieciocho años. No soy ninguna cría.

Mi madre la mira seriamente. Mi hermana me mira luego a mí.

- Claudette. Me trata a mí como a un bebé y tengo treinta. Así que con más motivo a ti. Vete anda. Luego te busco y nos vamos a tomar un helado si a nuestra madre no le desagrada —digo con recochineo.
- Stéphane, por favor —responde mirándome seriamente —. No creo que te apetezca tomarte un helado después de lo que te vengo a decir.

Mi hermana se marcha y nos quedamos los dos solos. Yo pensando que venía a disculparse. No, viene a fastidiar. No pienso rectificar en mi decisión. Por mucho que se empeñe.

- Stéphane, crees que os digo o hago estas cosas por fastidiaros a tu hermana y a ti. No es así. Sois mis hijos adorados. Quiero vuestra felicidad. Cuando te marchaste el otro día enfadado, me hiciste pensar. Sé que me pasé con lo de anunciar tu compromiso con Solange. Pero veo como siempre te has tomado todo con humor, esto es serio. El caso es que decidí dejar que eligieras por tu mismo. Vi como mirabas a esa chica que llevaste al castillo, Caroline. Decidí dejar que la eligieras a ella. Pero antes quise investigarla. Sé que no tiene título de noble. Aun así, me callé. Pero me llegó un mensaje, alguien quiere hablarnos de ella. Y no son buenas noticias. He citado a esa persona aquí y nos va a hablar de ella.

Según escucho a mi madre decir eso, enfurezco. Está investigando a la mujer que quiero.

- Madre, siempre te he respetado. He aguantado mucha basura. Cosas que no tenía que aguantar. Otro en mi lugar se hubiera marchado. Hubiera renunciado. Y eso es lo que voy a tener que hacer. Me estás obligando a que renuncie a ese título absurdo. Amo a Caroline. Es dulce, cariñosa. Es inteligente y preciosa. Me hace sentir cosas que jamás había sentido. Y si me das a elegir entre ella y el título, sintiéndolo por ti, voy a elegirla a ella mil veces.

Mi madre se levanta y abre la puerta. Hace un gesto. Me quedo helado al ver quien es la persona que entra en la habitación.

- ¿Qué demonios haces tú aquí? —escupo furioso.
- Sé que te puede sorprender verme aquí. Pero de verdad que solo quiero contar la verdad y que conozcáis a Caroline. Si va a ser condesa, que menos que saber con quién te casas.
- Roger, ¿no se supone que eres su amigo? —pregunto.

— Por eso, porque la conozco, quiero que también la conozcáis.

Mi madre me mira e invita a que se siente en el sofá frente a nosotros. Mi madre se sienta en una silla y yo en otra.

— Por favor, Roger cuéntale a Stéphane lo que me contaste a mí.

Me quedo sin saber que decir. No comprendo porque Roger está aquí sentado. Pero voy a escucharlo.

— Conozco a Caroline desde niña. Su madre y ella se mudaron a nuestro edificio siendo ella muy pequeña. Nos hicimos amigos cuando ella tenía ocho años y yo doce. Nos llevábamos muy bien. Caroline es abierta, divertida, ingeniosa. Cuando empezó el instituto, nos empezamos a ver de diferente manera. Así que nos hicimos novios. Nuestras madres estaban felices. Soñaban con que en un futuro nos casáramos. Pero un día, descubrí que ésta me engañaba.

Pongo los ojos en blanco. Que fácil es darle la vuelta al asunto y atacarla a ella.

— No mientas. Fuiste tú quién la engañó. ¿No te parece feo hablar mal de una mujer? Y peor aún, ¿no te parece feo hablar de ella sin que esta esté presente?

Mi madre me mira seriamente.

— Por favor, Stéphane, deja que acabe.

Este continúa. Tengo ganas de levantarme y romperle la cara.

— Eso te lo diría ella para quedar bien. A ver, Stéphane, ojalá a mí alguien me hubiera dicho lo que hoy te estoy diciendo a ti. Ojalá me hubieran preparado para ello. Caroline, me engañó con mi mejor amigo. Los encontré juntos. Llevaban meses engañándome a mis espaldas. Y es hora de que sepas que ella te está haciendo lo mismo a ti. Caroline te engaña con otro hombre. Se está burlando de ti.

Me levanto de golpe tirando la silla y le doy un puñetazo en el ojo. Mi madre y mis hermanos que han oído el ruido entran corriendo y me agarran.

— Por favor, hijo. Cálmate y compórtate.

— ¿Qué me comporte? Este desgraciado está diciéndome que la mujer que amo me engaña. Está hablando basura de ella y sin pruebas.

Este suelta sobre la mesa un sobre a la vez que se pone la mano en el ojo donde le he golpeado.

— ¿Qué es esto? —escupo furioso.

— Las pruebas de que no miento.

Mi madre me mira y me dice que las abra. Hago lo que me dicen. Abro el sobre. En él, veo a Caroline abrazándose a un hombre. Un hombre mayor que ella. Otra ese mismo hombre cogiéndole la mano. Otra acariciándole la cara. En otra se ve a uno más joven abrazándola.

— ¿Qué es esto? —pregunto.

— Caroline y su amante —dice—. No, no lo estoy inventando. La hija de ese hombre vino a mi casa y me lo enseñó. Tenía sospechas de que su padre y ella tenían una aventura. Puso un detective y así fue.

— No. Están confundidos. Es su padre. No su amante.

Roger comienza a reír. Me mira irónicamente.

— ¿Y tú te lo creíste? —pregunta mirándome.

Saca algo de su bolsillo y me lo muestra.

— Esa es Caroline de pequeña. Ese hombre que está con ella es su padre. Murió hace unos años. Te ha engañado. Te hizo creer que no tenía padre y que este era su padre para tener una coartada. Te ha engañado como en su momento lo hizo conmigo. Además, tengo otra cosa.

Roger abre su chaqueta y saca un móvil. Lo pone sobre la mesa y le da al play. En ella se oye a Caroline y él hablando.

— **Sí, estoy enamorada. Pero nadie puede enterarse. Ella no me va a aceptar —dice esta.**

— Se refiere a su amante. Y la que no la va a aceptar es su hija —explica Roger.

— Es que no puede ser. Caroline se ha ido con sus hermanas de viaje.

— ¿Qué hermanas? Se ha ido con su amante. Por favor, reacciona —dice levantándose—. He venido solo a deciros la verdad. No gano nada con ello. No he pedido dinero ni nada. Solo darle una lección a Caroline. Ya está bien que siga aprovechándose de la gente.

Una vez dicho esto, se marcha. Mi madre me observa. Antes de que hable la mando callar. Agarro todas las cosas que me han mostrado y me marcho a mi habitación. Tengo el corazón desquebrajado. No quiero volver a saber de ella en lo que me quede de vida.

Caroline



La llegada a Costa Amalfi fue maravillosa. Aproveché para leer un ratito. Mis hermanas aprovecharon para adelantar trabajo. Madison cosas de abogada y Margaret sobre la fiesta que se va a celebrar de la empresa y a la que me acaba de dar una invitación. Tengo que decírselo a Stéphane. Una vez que Madison acabó de rellenar unos formularios, empezó a contarme un poco su vida. De qué ella siempre amó a Charles. Desde que era novio de Margaret. Que tuvo problemas con drogas. Luego su mudanza a Nueva York. Como conoció a Dean y como se casaron. Cuando reconoció que no podía dejar de pensar en Charles y descubrió que estaba embarazada de Charles y no de Dean. Su vida es como una novela. Y la de Margaret. Me contó muy poco, solo por encima. Me dijo que seguro que luego me lo contaba ella misma.

Yo le conté que estoy muy ilusionada con Stéphane. La verdad nunca había conocido a nadie como él. Es tan tierno y atento. Solo de pensar en ello tengo ganas de verlo y abrazarlo. Cuando aterrizamos lo primero que hago es llamarlo. Suena varias veces y luego se corta. Que extraño.

— No te preocupes. En cuanto lleguemos a la casa lo vuelves a llamar —dice Madison.

— ¿Quién es ese hombre del que habláis? —se interesa Isla.

— Mi novio —digo por primera vez—. Suena raro. Es la primera vez que lo digo en voz alta.

Vamos directas a coger el coche que han alquilado. Madison es la que conduce. La casa es de su exmarido y de su actual mujer.

- Que bien que os llevéis también los cuatro —digo mirando hacia la carretera.
- Dean es un amor. Es tan buena persona. Te aseguro que si nunca hubiera conocido a Charles que es todo para mí, el segundo hombre de mi vida sería de hecho es Dean. Lo adoro. Tiene un corazón enorme. Y su esposa Lía, es maravillosa. Tengo ganas de que los puedas conocer. Ella es cantante. Es famosa. Sobre todo aquí en Italia.
- Oye, como te oiga papá decir que el segundo hombre de tu vida es Dean y no él, verás. Ya sabes como es de celoso con sus hijas —expresa Isla riendo.
- ¿Y tú padre Caroline? —pregunta Margaret.

No sé que decir. Me quedo pensativa.

- Crecí sin él. Mi madre y el tuvieron una noche. Algo que jamás se repitió, y nací yo. Mamá dejó el trabajo y bueno, crecí sin mi padre.
- ¿Por qué se alejó de él tú madre? ¿Era mala persona?
- No. Mi padre estaba casado —digo.
- Uff. Entiendo. Lo mejor que hizo. No entiendo como hay mujeres que se atreven a liarse con hombres casados. ¡Que asco me dan! Que conste no lo digo por tu madre. Pero hay cada golfista suelta. Van con sus caras de inocentes y menudas zorras. Me entero de que alguna se trata de meter en mi matrimonio con William y le arranco los ojos.

Madison me mira de reojo. No me siento cómoda hablando de este tema. Más que nada, porque aunque diga que no me lo tome a mal, si que lo hago. Mi madre no fue ninguna zorra.

- Lo de mis padres fue fuera del matrimonio. Mi padre y su esposa en ese entonces se habían separado. Mi madre nunca se metió en medio. De hecho, luego se lo contó a su mujer. Y tuvo el valor y la valentía de irse del trabajo, aunque nunca le pidieron que se marchara. Me crio con muchos valores —expreso mirándola por el espejo retrovisor.
- No lo dudo. Por lo poco que te conozco, se ve que eres una mujer con muchos principios —dice guiñándome el ojo.
- Ya hemos llegado. Mirad que casa más bonita que tienen estos.

La verdad que es espectacular. Está en una ladera y da al mar. Que preciosidad.

- Me encanta. Nunca había venido a la playa.
- ¿No sabes nadar? —pregunta Margaret.
- Sí. De pequeña mi madre me apuntó a clases de natación.
- Qué bueno —responde cogiendo su equipaje.

Madison nos dice cuál es la habitación de cada una. La mía es espectacular. Tiene un pedazo de vistas al mar.

— No entiendo a Margaret. Lo mismo es simpática que de pronto suelta indirectas. Porque lo de mi madre fue una indirecta. ¿Sabe algo? —pregunto a Isla.

— Mi hermana es así. Bueno, nuestra hermana. Tiene mucho prurito. Pero no creo que sepa nada. Si no, hubiera dicho algo. Ella no es de callarse nada, te lo aseguro. Tenle paciencia.

Cuando esta se marcha, vuelvo a tratar de llamar a Stéphane, pero ahora lo tiene apagado. Le dejo un mensaje.

— **Amor, ya estamos en la playa. ¿Todo bien? Te extraño.**

Nos ponemos los trajes de baños y nos vamos a la playa. Tengo ganas de bañarme en el mar por primera vez.

Stéphane



Me encuentro con el corazón completamente destrozado. Para una vez que me enamoro y resulta que es una maldita trepadora. De todas las tipas que se han querido acercar a mí por interés, doy con la reina del engaño. Con esos ojos verdes. Con esa sonrisa. Me cautivó. Me estafó. Nunca me había sentido así de mal.

La muy sin vergüenza me ha llamado. Como es normal no se lo he cogido. No quiero volver a saber nada más de ella en toda mi existencia. También me ha enviado un mensaje. Miro la foto de ella con ese hombre. Que me suena muchísimo su cara. No sé donde le he visto antes. Pero me da igual. Me ha engañado. Encima con su señor mucho mas mayor. Se lo montó bien. Por si la pillaba se inventó lo de que no tenía padre. Que recién lo conocía. Analizo todo y ahora comprendo por qué no me quería decir el nombre de su supuesto padre. Porque no es su padre, sino su amante. Tomo la foto de ella siendo niña con ese hombre que si era su padre de verdad. Maldita mentirosa. Me siento tan estafado que se me está ocurriendo algo.

Voy a la habitación de mi madre y decido hablar con ella.

- Madre he tomado una decisión —digo serenamente—. Dile a los conde de Mouric que me voy a casar con su hija. Que lo vayan preparando todo. Eso sí, díles que por favor no digan nada aún. En unos días yo daré una rueda de prensa y lo haré público. Pídeles que vengan aquí. Quiero hablar con ellos.
- ¿Estas seguro, Stéphane? —pregunta mi madre asombrada.
- Completamente. Se acabaron las tonterías. Voy a dedicarme de lleno a lo que nací. Ahora sí, haga lo que haga en adelante te pido que lo respetes.
- Así será, cariño. Te lo prometo. Siento tanto que estes triste.

— ¿Quién dijo que estoy triste? Y menos por una maldita mujerzuela.

Seguidamente llamo a mi hermana y nos marchamos a tomar un helado. Tengo un plan que no voy a fallar.

Caroline



Después de un día en el mar con mis hermanas, donde hemos disfrutado muchísimo nos vamos a la casa. He nadado. He tomado el sol. Hemos hablado todas de todo. Margaret ahora está relajada, ha hecho hasta chistes conmigo.

Ahora vamos a ducharnos e irnos a cenar langosta a un restaurante que Madison conoce.

Nunca he comido langosta.

En cuanto llegamos unos camareros muy simpático viene a atendernos. Todas bromean con ellos. Hablan en italiano.

- Portaci l'ragosta piú grande che hai. Non l'ha mai provato —dice Margaret al camarero.
- Margaret, en nuestro idioma, no seas grosera. Nuestra invitada no habla italiano — dice Margaret.
- Quindi lascialo imparare —continúa diciendo esta.
- ¡Margaret! —dice ahora Madison.
- E portaci anche una bottiglia di champagne, l'ho provato —respondo ante la mirada averginzada de Margaret.

Madison e Isla comienzan a reírse de ella. Esta se ha puesto como un tomate.

— Vaya, ¿hablas italiano? —pregunta mirándome.

— Sí. De niña estudié idiomas. Mi madre hizo hasta lo imposible para que yo fuera una mujer de bien. Una mujer cultivada. Sé italiano y francés también.

Todas me miraran atentamente.

— Discúlpala. No sé porque últimamente se comporta así de grosera. Margaret Jones Evans, ¿puedes decirnos porque te comportas así? —dice Isla.

— Sí Margaret, ya supera lo de Bethany.

Esta mira a su hermana furiosa. Luego se va relajando.

— Discúlpame. Como habrás oído a mis hermanas, voy con las pilas cargadas después de qué una vez confié mucho en alguien. Una mujer que apareció de la nada. Era dulce, cariñosa. Así como tú. Me recuerdas a ella. Y resulta que fue la culpable de que por poco perdiera a mi marido.

— ¿En serio? —pregunto con curiosidad.

Aunque recuerdo que su marido me dijo algo de su hermana, aunque no entró en detalles.

— Sí, se llamaba Bethany Evans. Era la hermana de William. Se acercó a mí como una buena mujer. Su hermano y yo nos llevábamos a matar. Ella se suponía que estaba de mi parte. Era la que nos ayudaba a que nos tuviéramos paciencia. Pero al final ella solo conspiró para matarlo y quedarse con su empresa.

Mi cara es de espanto. No me lo puedo creer. Que maldad.

— ¿Su propia hermana? Que fuerte. Lo siento mucho, Margaret. Con razón te cuesta confiar en la gente. A mí me pasaría igual.

Esta asiente con la cabeza. El resto de la velada lo pasamos hablando entre las cuatro. Me cuentan como eran de niñas. Yo les cuento mis travesuras. Lo pasamos muy bien. Después de ahí, nos animamos a irnos a tomar unas copas.

En el mismo sitio donde cenamos, hacen unos ricos cocteles. Así que nos pedimos unos y comenzamos a beberlos.

Un camarero se nos acerca y nos pone unas copas sobre la mesa.

— Esos hombres de allí os invitan a estas copas —dice este.

Todas miramos. Son cuatro tipos mirándonos con caras de babas. Madison coge la copa, la alza hacia ellos y se la toma.

— ¿Qué haces loca? —pregunta Isla.

— Beberme la copa que nos han invitado.

— Que estas casada —responde Isla.

— Me he tomado una copa. No me he ido a la cama con ninguno. Yo amo a Charles. No estoy faltándole por tomarme una copa digo yo.

Estos se aproximan hacia a nosotras y se sientan en los asientos que están libres. Uno de ellos se acerca a mí y acercando su silla a la mía me toma de la cintura y me pega a él. Seguidamente, le doy un empujón.

— Mira caballero. Caballero por decirte algo. Nadie de esta mesa os ha invitado a sentaros, y menos aún, nadie te ha dado permiso a que te tomes los atributos de pegarte a mí. Así que coge tus huevos y vete por donde has venido. ¿Te queda claro o tengo que explicártelo de otra manera?

Mis hermanas me miran asombradas. Margaret ni pestañea al verme hablarle así.

— Hombre, os hemos invitado a unas copas. Lo mínimo es ser mas amable —dice el tipo.

Agarro el vaso que pusieron sobre nuestra mesa.

— Uys, es cierto —digo mientras se la vierto sobre su cabeza—. Ya te las has bebido tú. Ya te puedes marchar.

Los hombres se miran y agarrando las copas se marchan entre murmullos.

— Shss, que no os oiga hablar nada sobre nosotras o entonces sí que conocerán mi ira.

Ellas aún me miran sin decir nada. Madison comienza a reírse descaradamente. Le sigue Isla. Ambas se ríen abiertamente. Para mi sorpresa, Margaret también comienza a reír. Un final perfecto para un día perfecto.

Margaret



Los días pasan rápidamente. Después de unos días donde he descansado y disfrutado de mis hermanas, y donde he estado observando bien a Caroline. Sino fuera por que sé lo que sé, me caería hasta bien. Se parece mucho a mí en el carácter. Es descarada cuando tiene que serlo. Sabe sacar las garras cuando debe hacerlo. Pero no puedo entender como una mujer como ella hace las bajezas que hace.

Después de hablar con William y con mi niño, me quedo mas tranquila. Hoy regresamos a Londres. Mañana es la fiesta de aniversario de la empresa. Tengo todo listo. La noche de mañana será una noche que nadie olvidará. He invitado a Caroline. Quiero que vea algo, y de paso, quiero ver algo. Pero puedo asegurar que esta mujer, se va a arrepentir de haberse metido en mi familia.

Caroline



He pasado unos días de maravilla. Hemos estado en la playa. Hemos ido de excursión. Hemos comido en restaurante de comida buenísima. Hemos tomado el sol en la piscina de la casa. Hemos bailado y he podido escuchar la voz de Lía Parisi, la actual esposa del ex de Madison. Canta genial. He conocido sitios increíbles y he sacado muchas fotos. Todas y cada una de las fotos que he sacado, se las he enviado a Stéphane. Pero sigo sin recibir respuesta. Estoy bastante preocupada. ¿Le habrá pasado algo?

- ¿Estás bien? —pregunta Madison —. Te noto seria.
- Estoy preocupada por Stéphane. No me responde el teléfono. No lo entiendo.
- A lo mejor lo tiene estropeado. ¿Has probado a llamarlo al hotel?
- Es cierto. Voy a probar. Muchas gracias —digo marcando al hotel.

En dos tonos me responden. Pregunto por él. Me pasan a su habitación. Responde.

- Hola, amor —digo—. Te he extrañado muchísimo.
- Hola —responde él—. ¿Qué tal lo has pasado?
- Muy bien. Solo me hacías falta tú para que fuera perfecto. ¿Me has extrañado? —pregunto.
- Sí. Es que he estado muy ocupado. Por eso no he podido llamarte. Además de que perdí el teléfono. Aun no he pillado ninguno nuevo. Perdóname por no haberte avisado —continúa secamente.
- Te noto extraño. ¿Estamos bien? —pregunto.
- Sí. Todo perfecto. Solo que estoy cansado. Ha sido una semana de mucho estrés. Mañana nos vemos —dice—. La fiesta de la empresa de los Jones. Me invitaron, ¿recuerdas?
- Eso te iba a decir. Yo también estoy invitada —digo.
- Muy bien. Pues te veo mañana. Buen viaje. Besos —responde.

No me da tiempo a decirle nada más. Ha colgado sin darme tiempo.

Madison recoge mi maleta y la mete en el maletero.

- ¿Hablaste con él? —pregunta.
- Sí. Pero no sé. Le noto raro. Algo le ocurre —digo muy preocupada.
- A veces uno se pone borde o da esa sensación por estrés. No se lo tomes a mal —dice Isla.
- Sí has estado aquí con nosotras, no has podido hacer nada. Tranquila, será eso, estrés —interviene Margaret.

No puedo de dejar de comerme la cabeza en el avión. Pero como bien dicen ellas, no he podido hacer nada malo. Además, porque he de ser yo la que haga las cosas mal. Siempre nos estamos preocupando de si hacemos o no bien a los otros. ¿Acaso los otros se preguntan eso sobre los demás? Nos enseñan siempre a dudar de nosotros mismos. Pero si tú sabes como eres. Si sabes que no has hecho nada malo, ¿Por qué nos permitimos dudar?

Después de despedirme de mis hermanas cuando me dejan en casa, deshago el equipaje. Me pongo a preparar la ropa que me voy a poner en la fiesta. Soy una Jones, debo estar a la altura de toda mi familia y como no, de mi amor.

Stéphane



Cuando he recibido la llamada en el hotel y he oído a Caroline lo primero que pensé fue en colgarla. Aunque escuchar su voz, sus dulces palabras. He sentido ganas de olvidarme de todo y decirle lo mucho que la amo. La amo, es así. Aún sabiendo que es una trepa, no puedo sacarla de mi mente, ni de mi corazón. Todo está listo para la fiesta de los Jones. Voy a decirle a Caroline que vaya directamente a la fiesta. Sé que como vaya a su casa no me voy a poder resistir a ella. Tiene un magnetismo, debe ser el que usa para aprovecharse de los idiotas como yo.

Mi hermana me ha dicho que hace varios días que no me ve sonreír. No me apetece. No siento que tenga motivos. Lo que me ha hecho Caroline ha sido tan duro que ya me da igual todo. Me voy a casar con una mujer que no piensa por sí misma. Una mujer que es como un mueble. Lo único que le importa es complacer. Ayer llegó con sus padres. Hicimos oficial entre la familia nuestro compromiso. Ella al igual que yo no me ama. Solo lo hace porque cree que para eso nacimos. Para complacer a los demás. Para traer herederos y poco más. Pero ya me da igual. Estoy tan destrozado que si ya no puedo estar con la mujer que amo de verdad, me da igual casarme con una que no quiero.

Caroline



Me he puesto un vestido precioso. Me lo compré el otro día. Es espectacular. Sé que cuando Stéphane lo vea le va a encantar. Me han recogido el pelo. Ha venido un peluquero a casa y un maquillador. Me han dejado preciosa, la verdad. Lo único que me entristece es que no va a venir a por mí Stéphane. Va a mandar una limusina que estará aquí en nada. Estoy muy nerviosa. Además que el tiempo de Londres no acompaña mucho hoy. Está diluviando. Me tocan el

timbre, ya está la limusina. Bajo velozmente. Hay bastante trafico por la lluvia, pero ¿Qué más da? Así me relajo un poco.



Cuando llego subo la alfombra azul que viste las escaleras de la empresa. En cuanto entro, miro a varios sitios. No veo a Stéphane. Las que si están son mis hermanas.

— Madre mía Caroline, ¡estás preciosa! —dice Madison.

— Gracias —digo dándoles un beso a las tres.

Me pillo una copa de champagne mientras espero que llegue Stéphane. Ya son varios días sin verle. Lo he extrañado. Y sé que algo le ocurre. No es normal que no me haya buscado en este tiempo. Le veo de lejos con su madre y hermana. Tomo un sorbo de mi bebida y voy hacia él.

— ¡Buenas noches! —digo mirándolo.

Se queda boquiabierto observándome. Su madre me mira de reojo y sigue caminando. Su hermana sin embargo se lanza sobre mí y me da dos besos.

— Claudette, ve con mamá. Déjame con Caroline.

— ¡Estás preciosa! —dice al verme —. Y qué morena estás.

— Bueno, Italia me ha puesto así. Lo demás se lo debo a mis hermanas.

Una mujer llega y se cuelga al brazo de él.

— Hola, querido —dice mirándome.

— Hola, Bernadette. Caroline, no te he presentado a mi prometida, Bernadette Mouric.

Lo miro sin comprender nada.

— ¿Perdón? — pregunto incrédula —. ¿Será una broma, no?

— No, no lo es. ¿Creías que me iba a casar contigo? ¿En serio? No, mira eres muy guapa, eres muy buena en la cama, pero de ahí a casarnos.

— Eres un auténtico cerdo. Jamás creí que pudieras ser así. Me has engañado pero bien —digo a la vez que le doy una bofetada y salgo corriendo.

Madison que me ve de lejos, viene corriendo detrás. Me pregunta lo que ha ocurrido y le explico.

— ¡Que cerdo! Lo siento mucho, hermanita. Hay más hombres en el mundo.

Esta sale del baño y va hacia Stéphane, no sé que es lo que le dice, pero este se queda con la cara a cuadros. Me cuesta respirar, así que salgo del baño y me voy a la calle a coger un poco de aire. Me meto en un hueco para que no me vean. Unos tipos se paran a hablar entre ellos. No los entiendo bien. Dicen algo de un coche y no sé qué de unos frenos. No le presto demasiada atención. Me marchó otra vez a la fiesta. No voy a permitir que lo que me ha hecho el cochino de

Stéphane me afecte en la relación de mis hermanas y mi padre.

— Te estaba buscando —dice Madison—. He puesto en su sitio a ese idiota. ¿Quién se cree que es para humillarte? Le he dicho que ya no estás sola. Que soy tu hermana Madison. Le he dicho lo buena y maravillosa que eres. Lo mucho que nos hablo de él en este viaje y que no merece una mujer como tú. Se ha quedado confuso cuando le dije que era tu hermana. Claro, nadie lo sabe. Vamos, Margaret va a dar un discurso y luego saldrá papá.

Me voy con ella a la parte delantera del escenario. Margaret ya está lista. Todos se quedan en silencio y mi hermana comienza a hablar.

— Señoras, señores. Bienvenidos a todos a la fiesta anual de esta empresa. Mi padre, Callum Jones es el hombre que más quiero junto a mi esposo William y mi hijo. Siempre he sido una mujer de armas tomar. Me llaman la irrompible por ser la mujer de la roca, como se le conoce a mi marido. Pero he de decir que estas semanas por poco me desquebrajo, ¿Por qué se preguntaran todos? Mi padre me enseñó lo que es el valor. Lo que es el respeto. El amor a la familia. Y me costó mucho creer, que el hombre que me enseñó todo eso, lo haya roto. Sí papá. Sé la verdad, sé que tienes una aventura con Caroline Bridget. No me lo puedo creer. Me parece lamentable. No puedo creer como una mujer como tú, se haya metido con un hombre casado que podría ser tu padre. Hablaste mucho en ese viaje de un hombre al que amas con tu vida. Dijiste que era Stéphane Moorec para distraernos a todas, pero ya se acabó tu teatro. Tú amigo Roger me abrió los ojos por completo. Eres una zorra.

Todos me miran. Voy a salir corriendo, pero Madison me lo impide. Mi padre entonces le arrebató el micrófono a Margaret.

— Señoras y señores, siento mucho este bochorno tan lamentable. Esto hubiera preferido que se supiera en privado, pero ya que mi primogénita ha decidido hablar, lo voy a hacer yo. Voy a contar la verdad. Tarde o temprano se tenía que saber. No, Caroline Bridget no es mi amante.

— Pero papá. No lo niegues, Tengo fotos.

— Haz el favor de callarte de una vez, Margaret —dice este muy

serio —. Caroline no es mi amante, es mi hija.

Todos nos miran. Me muero de la vergüenza. No creí que esto saliera a la luz de esta manera. Stéphane, su madre, su hermana y su prometida me miran. Mi padre continúa hablando.

— Cuando mis dos hijas mayores eran pequeñas, mi esposa y yo nos separamos, es ahí donde conocí a la madre de Caroline. De esa vez, nació mi preciosa hija. Siempre supe de su existencia, pero la madre de esta no quiso nada de mí. Ahora que su madre ha muerto, nos hemos reencontrado. No hemos dicho nada porque no sabía cómo contárselo a todos, aunque no es algo que le importe a nadie. Sube aquí hija mía. Eres una Jones, y mereces estar aquí a mi lado.

Aunque me lo pienso, Madison e Isla tiran de mí para que suba. Margaret me mira sin saber que decir. En su rostro no veo enfado, mas bien vergüenza. Yo me siento fuera de lugar.

— No siento que tenga nada que decir. Solo que le abrí mi corazón a dos personas y ambas me lo han pisoteado esta noche. Me siento bien por una parte. He ganado un padre y dos hermanas. Pero por lo que a mí respecta, no quiero saber nada de Margaret ni de ti, Stéphane. Que seas muy feliz con tu prometida. Ahora si me permiten, necesito salir de aquí.

Salgo corriendo sin mirar atrás. Me siento humillada. Nunca sentí que me pudiera pasar algo así. No recojo ni mi bolso ni nada. Llueve a raudales. Me tropiezo y caigo en el suelo. Stéphane que me ha seguido, me levanta.

— Caroline, escúchame, por favor —suplica.

— No, no te me acerques. ¿Ves? Por eso no quería abrirte mi corazón. Sabía que una vez que te lo entregara lo aplastarías. No quiero saber nada de ti. Si te hubiera tenido a ti esta noche a mi lado, lo que Margaret dijo no me hubiera dolido tanto. Pero no, primero me clavaste el puñal tú. Luego ella. No quiero verte jamás. No me busques. Sé muy feliz con tu prometida. Trataré de olvidarte aunque me cueste la vida.

Una limusina se para frente a nosotros. Me subo sin mirarlo. Le pido que arranque. Y este lo hace. Dentro del coche lloro desconsolada. Me siento fatal.

Estamos llegando a mi casa, pero el conductor nota algo raro en el coche.

— Señorita, no funcionan los frenos —dice.

— ¿Qué? Es una broma, ¿no?

El conductor lo aprieta pero no le funciona. Un coche viene justo frente a nosotros, este da un

volantazo y el coche se sale del arcén. Solo veo como el coche vuela por los aires.

Margaret



Varios días después...

Me siento la persona mas miserable del mundo. No puedo creer que fuera capaz de arruinar la fiesta de la empresa por mi soberbia. No solo ridiculicé a mis padres, algo que jamás me voy a perdonar, si no que además, lastimé a alguien inocente que solo trató de acercarse a mí de buena

fe. No me reconozco. No sé porque lo hice. Solo sé que no me lo voy a perdonar jamás. Todo lo que yo he odiado, lo que no quería cerca de mí lo he hecho yo. Me convertí en una nueva Bethany. Me acerqué a Caroline como una serpiente. Haciéndole creer mi arrepentimiento y luego la lastimé. Cuando todo se calmó y la gente se marchó de la fiesta, mis padres me explicaron todo. Mis hermanas me contaron que ellas lo sabían. Me lo iban a decir desde el primer día, pero yo lo estropeé con un comentario. Por eso Caroline trató de acercarse a mí de otra manera. Solo para que le diera la oportunidad de conocerla. Hasta William me confesó que también lo sabía, pero prefirió callar para que fueran ellos quienes me lo contaran. Cuando la policía nos llamó para contarnos que Caroline se había estrellado con el coche, me sentí aún peor. Lo primero que pensé es que había tenido el accidente por mi maldita culpa. No fue así. Por lo visto ese tipejo llamado Roger cortó los frenos de la limusina del coche del conde. No soportaba que Caroline amara a otro que no fuera él e inventó todo para que la desprestigiáramos y solo lo tuviera a él. Su madre, Stacey lo denunció cuando se enteró. Va a pasar una larga temporada en la cárcel. Pero Caroline, mi dulce hermana, está en coma. Me pego todo el día en la habitación esperando a que despierte. Toda la familia vamos a hacerla compañía. Hablamos con ella. Cuando despierte nos tendrá a su lado. Nunca más nos separaremos de ella.

Stéphane es otro que no se despegue de su cama. Parece un alma en pena. Lloro y le pido que ojalá despierte y pueda perdonarle. Ambos nos sentimos fatal por lo ocurrido. Nos echamos la culpa porque su desgracia es porque nosotros la empujamos a ello. Si no la hubiera humillado de esa forma, no se hubiera marchado. No hubiera montado en ese coche. Stéphane, dice que tenía que haber sido el quien se subiera en ese coche, ya que estaba preparado para él y no para ella.

Estamos fuera comiendo. Una enfermera viene corriendo para avisarnos, Caroline ha despertado. Salgo corriendo a la habitación. Quiero verla, necesito pedirle perdón. Cuando entro tiene los ojos entreabiertos. Su hematoma, el de la frente, lo tiene menos hinchado. Cuando oye la puerta me mira corriendo.

— Margaret —dice con un hilo de voz.

— Sé que soy la última persona que querrías ver. Soy de lo peor. Y entiendo que me odies por el resto de tu vida. Pero no puedo irme sin pedirte perdón. Ojalá algún día puedas perdonar a esta imbécil de hermana que tienes. No tenía que haber sido tan orgullosa. Eres mi hermana. Otra más para poder disfrutar de ella. Ojalá mi orgullo me hubiera permitido conocerte. Así te hubiera disfrutado como lo hago con Isla y Madison.

— ¡Te perdono! —dice suavemente—. Mi madre me enseñó a no ser rencorosa. Sé que si hubiera estado en tus zapatos, hubiera reaccionado como tú. Tengo el mismo temperamento.

— ¿De verdad? —pregunto.

Ella asiente con la cabeza. Me acerco a ella y la abrazo.

— Te aseguro que no voy a parar de hacer de hermana mayor contigo. Te voy a cuidar siempre.

Luego entran papá y mis hermanas. Hablamos un poco con ellas. No queremos cansarla, acaba

de despertar. Stéphane acaba de llegar, pero no lo dejamos entrar. Es tarde y le pedimos que venga mañana.

Stéphane



Cuando me enteré del accidente de Caroline y de que iba dirigido a mí, sentí morir. Mi vida estaba en coma por mi culpa. Si moría entonces si que jamás me lo iba a perdonar. Desde que entró en el hospital, solo me he separado de ella por la noche, sus hermanas no me dejaban quedarme. Madison el primer día me prohibió la visita, pero Margaret se puso de mi parte y gracias a ella he podido verla. Quiero a Caroline en mi vida hasta mi ultimo aliento. Mi compromiso con Bernadette se rompió. La noche que me enteré de todo, esta por primera vez en su vida, tomó una decisión y decidió acabar ese compromiso. Descubrió lo mucho que amo a Caroline y me dejó libre. Mi madre me ha pedido perdón incansablemente. Se culpa porque si no hubiéramos escuchado a Roger nada de esto hubiera ocurrido.

Cuando he llegado y me he enterado de que se ha despertado he ido corriendo a verla, pero no me han dejado. Dicen que han sido muchas emociones por ese día para ella. Pero no me voy a marchar. Me voy a quedar en la sala de espera hasta que pueda entrar.

— Por favor, déjame verla —digo a Madison cuando sale de la habitación a las ocho de la mañana.

Aunque se lo piensa, accede.

— No la pongas nerviosa o te aseguro que te las verás conmigo.

Entro velozmente. Está mirando por la ventana.

— Madison, me das un poco de agua —dice.

Nuestras miradas se encuentran.

— Vale, sé que me pediste que no te buscara más. Pero no puedo. Desde ese maldito día no vivo. No respiro. Te necesito como necesito el aire para respirar. Sin ti no soy nada. Me comporté como un auténtico idiota. Te lastimé. Pero necesito que me perdones, mi amor —digo acercándome a ella.

— Estás perdonado —dice—. Sé que no tienes culpa de nada. Me han contado lo que Roger hizo.

— ¿De verdad me perdonas? —pregunto.

— Sí, pero eso no quita que le creíste a él y no a mí. Eso quiebra lo que teníamos. Nuestra relación está herida, Stéphane. Ahora mismo no puedo. Entiéndelo. Y quiero que sepas que no te culpo de lo que me ocurrió. Te amo. Daría todo porque estés bien. Pero necesito sanar. Si de verdad me quieres me esperarás. Yo estaré en París. Paseando por sus calles. Lo que tanto quiero. Y me buscarás y me prometerás las estrellas. Pero hasta que eso ocurra, necesito sanar.

Le doy un beso en la frente.

— Te juro que lo haré —expreso.

Me marcho y dejo que su hermana y sus familia la cuide. Es lo que ella ahora necesita.

Caroline



París, seis meses después...

Después de lo que me ocurrió, mi relación con mis hermanas se afianzó muchísimo. Tal y como Margaret me dijo, ejerce conmigo de hermana mayor. Me invita a su casa cada dos por tres. De

hecho hemos hecho un viaje las dos solas. Un fin de semana. Donde me dio la oportunidad de que me conociera. Yo también he podido conocerla a ella. He visto en ella lo que todos me decían. Una mujer con carácter, que se preocupa por los suyos y los defiende con uñas y dientes. Algo que ahora está haciendo conmigo.

Mi padre y yo hemos afianzado esa relación también. Su esposa me ha adoptado como una más y me dice que la llame mamá. Aunque sabe que adoro a mi madre y siempre lo haré, pero lo veo como que tengo la suerte de tener dos madres.

Stacey me pidió perdón por su hijo. Ella siempre fue buena conmigo. No tengo nada que perdonarle.

Ahora necesitaba estar sola. He hecho el viaje que tanto deseaba. Estoy en París. Solo estuve una noche en el apartamento de Stéphane, pero quería conocerla de verdad. Ha respetado mi decisión a rajatabla.

Me estoy comiendo un croissant. Estoy paseando al lado de la torre Eiffel donde hay muchas personas en el césped. Amigos, amantes, parejas. Disfrutando del buen clima. De pronto empieza a sonar Non, je ne regrette rien de Edith Piaff. Mi canción favorita. Siento que todos me miran. Cuando me doy la vuelta veo a Stéphane. Todos nos rodean. Este lleva un ramo de rosas rojas.

— Tal como me pediste. Te di tiempo. Me dijiste que si te quería te esperaría. Vendría a buscarte cuando estuvieras en París. Pues aquí estamos. He seguido todos y cada uno de tus pasos gracias a tus hermanas. Ahora delante de toda esta gente me arrodillo. Caroline Bridget o Caroline Jones, da igual tu apellido, ¿quieres casarte conmigo?

Mis ojos se llenan de lágrimas. Es el momento más romántico de mi vida. Me agacho junto a él y mirándolo a los ojos respondo.

— Sí Conde Stéphane Moorec. Acepto ser tu mujer.

Ambos nos besamos mientras la canción sigue sonando y todos los que nos observan aplauden.

Epilogo



Francia, un año después...

Hoy estamos celebrando la Nochebuena, pero también nuestra boda. Sí, nos hemos casado en esta fecha tan especial. Nunca había vivido unas fiestas con tanto amor. Mi madre y yo las pasábamos solas. Siempre soñé con pasarlas rodeadas de gente que me quisieran y que me admiraran. Hoy por fin puedo decir que lo estamos celebrando.

Mis tres hermanas con sus esposos e hijos están aquí. Mi padre y su esposa. Mi mejor amiga. Stacey y su hija. La madre de Stéphane que me pidió perdón. Su hermana Claudette. Incluso su amiga Solange y su esposo. Decidió renunciar a su título por amor. Sus padres no tuvieron más remedio que aceptar. Ahora todas las responsabilidades que tenía esta, recaen en Philippe su hermano menor y noviete de Claudette, aunque mi suegra no lo sabe, si no se volvería loca.

Hace un año estaba sola. Mi madre acababa de morir y mi vida estaba patas arriba. Un año después tengo todo lo que tanto soñé. Todo lo que sueñas se puede cumplir. Solo cree.

Madison se me acerca junto con mis hermanas.

— Desde el año pasado, tengo esto para ti. Se me había olvidado.

Cuando lo abro, me encuentro una pulsera de oro con una perlita. La pulsera tiene una grabación.

Hermanas Jones.

— Las tres las tenemos. Solo faltabas tú.

Me la coloco encantada. Luego nos abrazamos las cuatro y me siento plenamente satisfecha con mi vida.

— ¿Eres feliz? —pregunta detrás de mí mi ahora marido.

— Muchísimo. ¡Gracias por amarme tanto! Eres lo mas bello. Ahora me siento completamente llena. Tengo a mis hermanas y a mi padre. Y a ti, mi amor.

Sellamos nuestro amor con un beso.



Agradecimientos;

A mis padres. Por el apoyo incondicional.

A mi padrino Ángel por estar ahí al pie del cañón con todos mis libros.

Pour Stan, tu es l'air que je respire. Je t'aime.

Agradecimientos;

A mis cero.

A Isa, por leer todos mis manuscritos y pillarme todos mis libros. Gracias por tu ayuda y apoyo, lo valoro muchísimo.

Vero por leer siempre mis manuscritos.

Agradecimientos especiales;

A Tati de @lasecturadetati, María José de @aventureralectora22, @la_teteraazul . Eva

@vykamurias, Juani @johannamartinez8895

Gracias a todas.

Sobre la autora;

Aili Evans es el seudónimo de esta autora.

Siempre fue amante de la escritura pero no fue hasta el 2020 que se animó a escribir su primera novela,

Será esta vez.

Desde entonces ya ha publicado varios libros.

Amante del teatro, de los viajes, del mar, y de los atardeceres.

Además de escritora también es coach.

Las hermanas Jones en orden;



La historia de Margaret y William



La historia de Madison y Charles.

Código QR.
Música del libro.

